

WILFRIDO LOOR

SANTA MARIANA DE JESUS

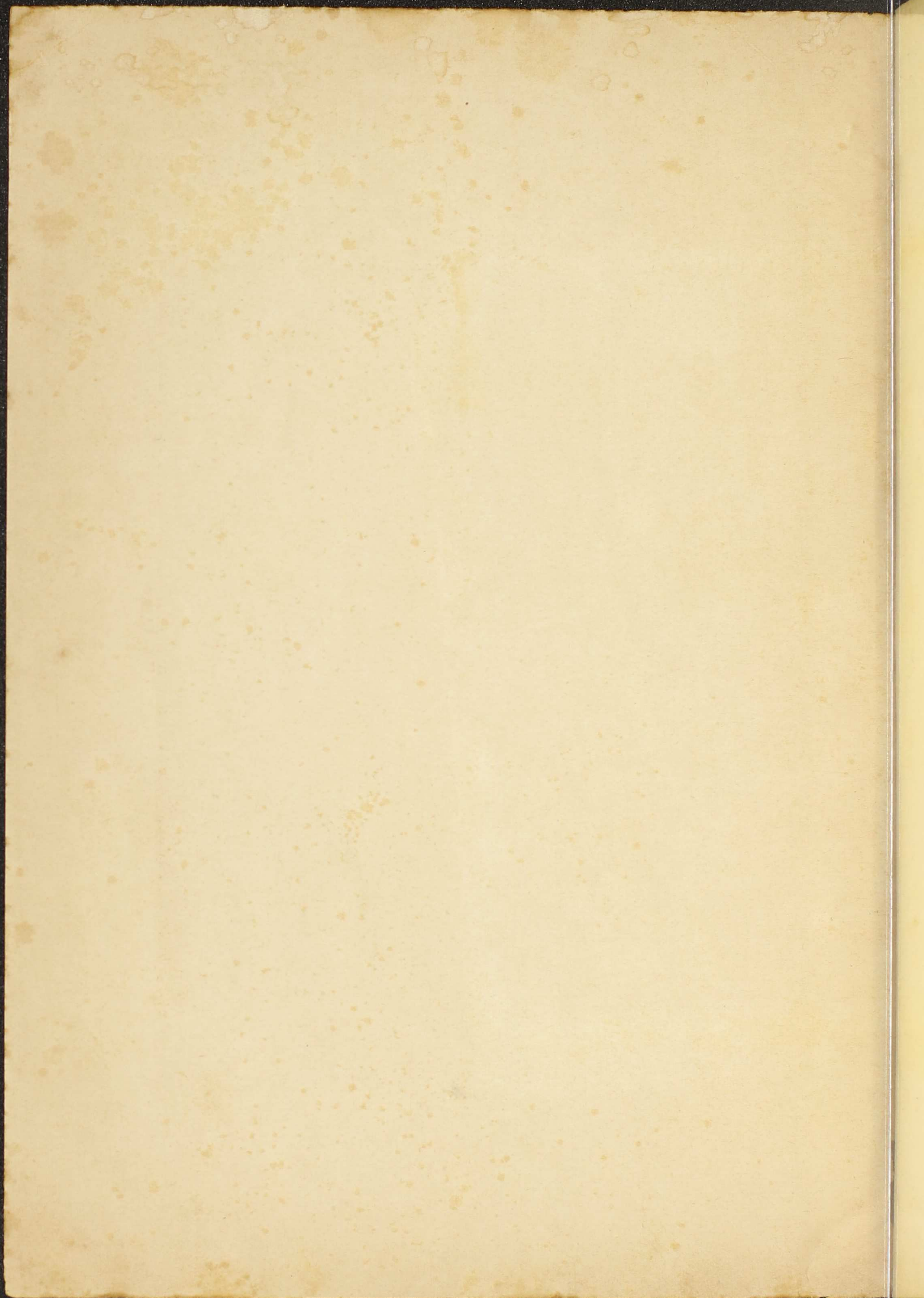
SEGUN LOS PROCESOS



QUITO — ECUADOR

La Prensa Católica

1954



SANTA MARIANA DE JESUS

Según los procesos

Los dos primeros Capítulos de estos opúsculos fueron publicados
en Latino América, México



QUITO - ECUADOR

«La Prensa Católica»

1954

✍

"MARIANA DE JESUS EN SU SIGLO" (a)

Familia, nacimiento y bautismo

En Quito, el Capitán Jerónimo Zenel Flores de Paredes, nacido en Toledo, España, contrajo matrimonio con Mariana Jaramillo de Granoble, hija de padres españoles, pero nacida en Quito. Los dos esposos ostentaban escudos de nobleza, y eran: "personas principales, buenos cristianos, temerosos de Dios y de sus conciencias" (1), "de mucha calidad y virtud" (2).

El matrimonio tuvo ocho hijos, María de Paredes, la hermana mayor (3) casada con Jerónimo Ruiz de Ercilla; Jerónima de Paredes casada con Cosme de Caso que hicieron las veces de padres de nuestra santa; Jerónimo de Paredes, sacerdote que vistió hábito franciscano; Tomás de Paredes, casado con Micaela Rodríguez; Petronila de Paredes, casada con Francisco Rodríguez; Juan de Paredes, casado con Paula del Río; Mariana, la predilecta del Señor, elevada al honor de los altares, e Inés Flores de Paredes, que murió soltera, joven aún.

Mariana nace el 31 de octubre de 1618, en la casa de sus padres y abuelos (4), frente al Hospital Real, donde había una capillita de Nuestra Señora de los Angeles, casa que fue poco después, y lo es hoy aún, convento de carmelitas (5). Su madre era una mujer alta, trigueña, por esta época ya de alguna edad (6); achacosa por las enfermedades no pudo dar por mucho tiempo el pecho a la niña y buscó dos nodrizas para la hija de su vejez, la una española, Catalina de Alcocer, y la otra de raza india, Beatriz, como para indicar que los dos pueblos, conquistador y vencido, alimentarían esta niña que iba a asombrar con sus virtudes al nuevo continente.

(a) Los procesos originales, levantados 25 años después de la muerte de Santa Mariana de Jesús se los conserva en la arquidiócesis de Quito, pero para facilitar las consultas, en estas citas nos referimos a la publicación que hizo de ellos el señor presbítero, Dr. Julio Ma. Matovelle, en Quito, en 8 de septiembre de 1902.

(1) Cristóbal Merino de Rivera, pág. 56.

(2) Isabel de Alvarado, pág. 81.

(3) Leonor Rodríguez Palomeros, pág. 180.

(4) Andrea Ma. de la Sma. Trinidad, pág. 8.

(5) Hoy en las esquinas de las calles Rocafuerte y García Moreno.

(6) Leonor Rodríguez Palomeros, pág. 169.

El bautismo, contra la costumbre de la época, se verifica días más tarde, en la iglesia parroquial, el 22 de noviembre, quizá por el deseo de la madre de mejorar de salud y asistir personalmente a la ceremonia. El nombre de la bautizada es uno solo: Mariana. Actúa de padrino su abuelo materno, Gabriel Meléndez de Granobles y de párroco, Juan Demoin (7).

Los esposos Flores de Paredes y Granoble eran ricos en bienes espirituales y temporales, pero por las muchas obras pías que hicieron (8), su fortuna en la tierra había disminuído en los últimos años. Su casa era patriarcal; daba albergue, crianza y educación a numerosas personas, y era conocida en la ciudad, con el nombre de Casa de Oración (9); había en ella mucho orden, mucho aseo, mucha moral.

PRIMERAS MANIFESTACIONES DE VIRTUD

Mariana crece en un ambiente de piedad. Cuando apenas balbucea las primeras palabras, su madre la acuesta una noche en su camita, y se pone a orar al pie con los brazos en cruz.

—“¿Qué haces ahí mamá?”, dice la niña.

—“Duerme, hija”, responde la madre.

—“No mamá, quiero hacer lo que vos hacéis”, responde la niña; se baja luego de la cama y se pone a orar junto a su madre.

Un Jueves Santo va Mariana a la iglesia de la Compañía de Jesús, y presencia allí en hora de tinieblas la penitencia pública de aquellos tiempos tan cristianos. El suceso se graba profundamente en su espíritu. Siente el horror de la culpa y la necesidad del sacrificio para apaciguar la ira de un Dios ofendido por la criatura. Al año siguiente van las hermanas mayores a los oficios religiosos en la misma iglesia de la Compañía, y no llevan a Mariana; ésta, muy niña, junta a sus sobrinitas de la misma edad que ella, Juana, María, Sebastiana Caso (10), a su hermana Inés, a una huéspeda Escolástica Sarmiento, les exhorta a la práctica

(7) “En veinte y dos días de noviembre de mil seiscientos y dieciocho bautizó y puso el santo óleo y crisma a Mariana hija de Gerónimo Paredes y de doña Mariana de Jaramillo su legítima mujer; fue su padrino, Gabriel Meléndez de Granobles. Juan Demoin.

(8) Catalina de Alcocer, pág. 302.

(9) Jerónima de Peralta, pág. 139.

(10) Hijas de su hermana Jerónima y de Cosme de Caso.

de la virtud y organiza con ellas una procesión por los corredores de la casa llevando la cruz a cuestas. Se azota, como había visto en la hora de las tinieblas, y reparte azotes a sus compañeras para que hagan lo mismo. A la que no lo hace le reprende, y a todas habla con emoción de la gloria, de la virginidad, pureza, penitencia, y otras virtudes de los santos que con célica envidia procuraba emular (11).

No tiene aún Mariana cuatro años, cuando estando en una de las haciendas a que le conducen sus padres, por Cayambe, al norte de la ciudad, desaparece a la hora de comer, y la encuentran en un bosquecillo, a la sombra de un árbol, azotándose en forma rigurosa. En otra ocasión, rendida de cansancio, se queda dormida en las faldas de su hermana, ésta al desnudarla para cambiarle de ropa y acostarla, encuentra que lleva ceñida a la cintura sobre sus carnes ramales de espinas (12).

Tiene Mariana el amor a la naturaleza de un San Francisco de Asís. Ama la soledad del campo y con frecuencia se la halla de rodillas en lugares apartados.

Mariana comulga a los seis o siete años, y es tanta su fe en el Sacramento, tanto su amor y tan ardiente su celo apostólico por conquistar almas para Jesús, que cada vez que lo recibe en la sagrada hostia, con encantadora simplicidad llama a las demás niñas y les dice: "Venid y besad esta lengua, que hoy he recibido al Señor Sacramentado" (13).

Las doctrinas jansenistas no llegan a Mariana. Comulga diariamente, y cuando no puede hacerlo "su cuerpo sufre flaquezas y desmayos" (14). Su ayuno es tan riguroso que en los últimos siete años no prueba bocado, y su único sustento es la sagrada comunión (15). Como su criada Catalina le preguntase cierto día de qué se sustentaba, le contesta: "calla, tonta, para eso me voy a la Compañía a comerme un Cordero entero, con huesos y carne viva" (16).

Pocas personas han sido como Mariana, tan devotas del Santísimo. Pasaba de rodillas en la iglesia de la Compañía, con el manto hasta los pechos, desde que se lo exponía en Jueves Santo hasta el Viernes Santo en que lo consumían

(11) Escolástica Sarmiento, pág. 59-60.

(12) Petrona de San Bruno, pág. 67.

(13) Escolástica Sarmiento, pág. 60.

(14) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 14. Catalina Ma. de los Angeles, pág. 50.

(15) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 30.

(16) Catalina de Paredes, pág. 98.

(17), sin moverse, ni dar muestras de que allí había un ser humano, en santa contemplación y veneración del Divino Señor (18), y lo mismo pasaba en las 40 horas que precedían al carnaval, y en otras festividades del año.

NO ERA "SANTA TRISTE"

Mariana desde niña aprende a leer, escribir, tocar vihuela, clave, guitarra, y en todo resulta muy aventajada. Aprende también a cantar, porque tenía muy buena voz (19). Y estas dotes naturales cultivadas por la educación la acercan más a Dios, porque el buen ejemplo de su casa y familia, y la lectura asidua de las vidas de los santos, le apartan de las alegrías y peligros del mundo, y la conducen por el camino de la penitencia y del apostolado, hasta hallar sus delicias sólo en las obras que creía agradables a su Creador.

Le gusta contemplar el cielo sobre todo cuando está estrellado (20); conversando sobre él enciende en el amor divino a los que le rodean. Cuando el lenguaje vulgar le resulta imperfecto para expresar sus emociones, toma la vihuela, sale a los corredores de su casa o al patio de su típica morada española, y canta coplas como la siguiente:

Cristo Jesús amoroso,
Amorosísimo Cordero,
Con vestiduras nupciales
Sale enamorando al Cielo (21).

La música forma parte de su vida. Toca con primor y su voz es hermosa y sonora (22). Cuando su hermana Jerónima, que hace las veces de madre, no le permite por su estado de salud u otro motivo servir a la mesa como criada, toma su guitarra y alegra a los suyos, tocando y cantando. Nada de extrañar, pues, que propios y extraños la amen con ternura; con esa fuerza irresistible de las almas buenas que roban el corazón de cuantos le rodean. El sólo verla era un placer, dice una testigo (23).

(17) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 22.

(18) Petrona de San Bruno, pág. 76. Catalina Ma. de los Angeles, pág. 50.

(19) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 85.

(20) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 23.

(21) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 35.

(22) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 55.

(23) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 93.

Es también Mariana amiga de las flores. Su criada Catalina no falta los sábados a la iglesia de la Compañía, llevando tres o cuatro ramilletes a la imagen de Nuestra Señora de Loreto, que era una advocación de Nuestra Señora de los Angeles (24). Consuela a sus pobres y a sus enfermos enviándoles flores. María de Miranda, en cama cinco meses de la enfermedad que la llevaría al sepulcro, desea con instancia ver a Mariana, que tiene el don de consolar a los afligidos con su sola presencia. Mariana se niega a ir, le dice que no quiera tener gustos en esta vida, que pronto se verán en el Cielo, y le envía un ramillete de claveles de gran fragancia y hermosura (25).

SU GOZO EN EL PADECER

Mariana es una mujer muy instruída en materia de Religión. Lee de continuo y con gran provecho de su alma las obras de Santa Teresa de Jesús y tiene por maestra de espíritu a Santa Catalina de Sena, cuyas virtudes procura imitar. Las vidas de muchos santos le son familiares y destina a su lectura la hora del mediodía (26). Su deseo es seguir a Cristo Nuestro Señor, su esposo, por desprecios, trabajos, dolores, enfermedades, todo género de padecer, y Dios le concede esta gracia, porque su vida es un poema de amor y sufrimiento. Padece calenturas continuas, dolores de estómago, de cabeza, de piernas; tiene hidropesía con insaciable sed y flujos de sangre por la boca, y un dolor tan intenso de costado, que ella decía le quitara la vida, si su duración fuera de más de un cuarto de hora. Todo lo lleva con alegría interior y mucha conformidad en la voluntad de Dios, con sumo gozo de su corazón, sin que jamás se la viese impaciente, ni con señal de enojo, antes bien corrigiendo con celo apostólico y exhortando a los que se enojaban a que tuviesen paciencia (27). Se habían hecho carne de su ser las palabras de Santa Teresa de Jesús: “¿Piensas hija que la perfección está en el gozar? No está allí, sino en el padecer, amar y obrar” (28).

(24) Catalina de Paredes, pág. 113.

(25) Petrona de San Bruno, págs. 79 y 74.

(26) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 54.

(27) Catalina de Paredes, pág. 112.

(28) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 38.

(29) Juan Martín de la Peña, pág. 145.

(30) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 53.

El Dr. Juan Martín de la Peña, médico y cirujano, corrige un día a Mariana por su excesivo ayuno, ésta le contesta en latín: **non de solo pane vivit homo**, y le habla con tal conocimiento del asunto que le deja admirado (29). Un confesor de la Compañía alaba a una penitente en presencia de Mariana, ésta llama aparte al confesor y le dice con el rostro encendido de santo celo apostólico, que hace mal en alabar en esa forma, porque mientras se vive en carne mortal siempre se corre el riesgo de que el demonio derribe a las almas por la vanidad y la soberbia (30). Esta conducta observa Mariana con cualquiera que le refiere sucesos confiando de sí. La llama aparte y la corrige exhortándole a que confíe sólo en Dios (31).

Su conversación solía versar sobre la caridad, la pobreza, la conformidad con la voluntad divina (32). Nunca se le oyó palabra descompuesta, ni acción descomedida; ocupaba el tiempo en labrar, tejer, sin estar jamás ociosa (33).

ERA HERMOSA

Mariana es de hermosura extremada, de lindo y agudo ingenio; apacible de condición (34). En el proceso hay completa conformidad sobre este punto. Su hermana Jerónima se admira de verla tan bonita, recién nacida (35). El Dr. de la Peña al contemplarla de cuatro años tan agraciada y tan limpia, la alza del suelo y le da un beso (36). Una india dice con sencilla ingenuidad: "la conocí cuando era ya mujercita, y muy hermosa" (37). Leonor Rodríguez Palomeros la describe así: "muy hermosa, de rostro apacible y mansa de condición" (38). Para la religiosa profesa, Andrea de la Sma. Trinidad, es Mariana: "hermosa de rostro, virtuosa, modesta, recogida" (39). Para Catalina María de los Angeles: "muy hermosa y agradable sobremanera" (40). Por don especial del cielo las penitencias no le robaron su hermosura. Catalina de Alcocer, viuda de Pedro Paz, que le dió de

(31) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 49.

(32) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 93.

(33) María de Paredes, pág. 157.

(34) Catalina de Peralta, pág. 127.

(35) María de Paredes vda. de Hernando Palomeros, pág. 152.

(36) Martín de la Peña, pág. 144.

(37) María de Peralta, pág. 249.

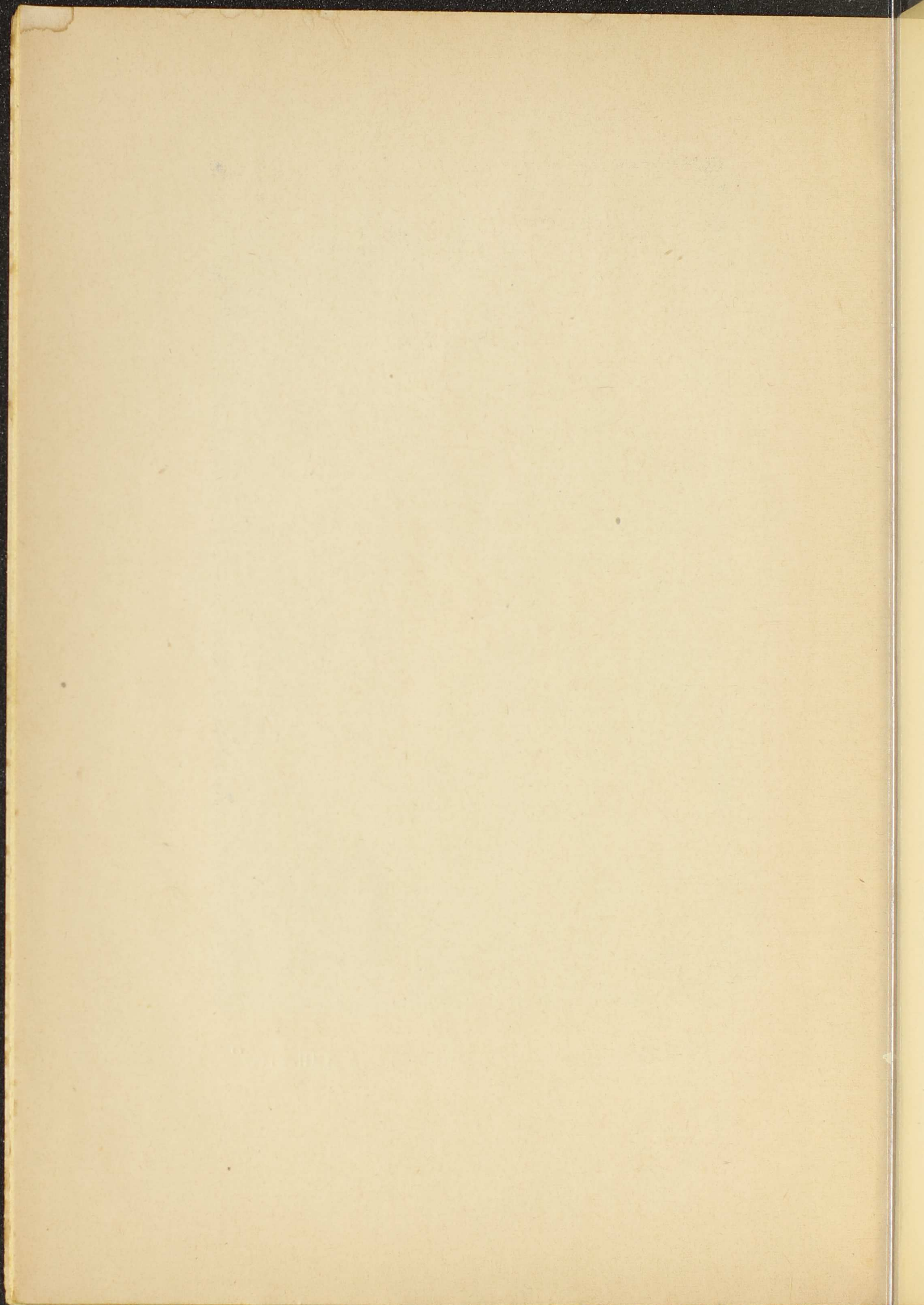
(38) Leonor Rodríguez Palomeros, pág. 172.

(39) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 24.

(40) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 55.



“Marianita de Jesús tocando la guitarra”



mamar, dice que era hermosa de rostro y rosada, gordita, con chapas de color, y que esta hermosura y lozanía le duró hasta la muerte (41). Y un sacerdote agustino, Fray Juan Martínez Zarco, afirma haberla visto con el rostro abultado y de buenos colores, no obstante sus mortificaciones y penitencias (42). Inútil abundar en pruebas sobre hechos en que todos los contemporáneos están conformes.

El P. Morán de Butrón nos describe así a Mariana de Jesús: De rostro algo abultado, pero en proporción agradable, apacible, cariñoso y de color muy blanco; ojos negros, grandes y rasgados; frente muy espaciosa, ni demasiado estrecha; cejas negras, tendidas y pobladas; mejillas teñidas de un dulce color rosado; nariz delgada con moderación y boca pequeña”.

SU AMOR AL PROJIMO

Entendió Mariana de Jesús que la ley divina se compendia en dos amores, que en definitiva son uno solo: amor a Dios y amor al prójimo. Por esto fue mística y fue apóstol. “Tenía ansias y deseos de enseñar la fe a los gentiles y de reducir a ella a los herejes” (43). “Si le hubiera sido posible dar la vida por remediar las necesidades del prójimo, para que sirviesen a Dios, gustosísima lo hubiera hecho: rogaba continuamente por los infieles, herejes y cuantos vivían en pecado, aplicando a este efecto oraciones y penitencias” (44).

Pero la caridad de Mariana no se queda sólo en los labios, pensamientos y afectos, desciende a las obras. Andrea que se cría en casa de Mariana declara que ésta tuvo especial cuidado de ella y de sus sobrinos y criados; que les amonestaba que viviesen con amor y temor de Dios: si había algún descuido procuraba corregirlo, y al reacio a las amonestaciones lo despedía de casa para que no dañase a los demás con el mal ejemplo; puso mucho cuidado en que fuesen a misa y estuviesen en la iglesia con atención y devoción; los juntaba a rezar el salterio después de las seis de la tarde, en el cuarto de doña Juana de Caso, su sobrina casada con Juan Guerrero Salazar; les inducía a que cargasen

(41) Catalina de Alcocer, págs. 306 y 308.

(42) Fray Juan Martínez Zarco, pág. 277.

(43) Petrona de San Bruno, pág. 77.

(44) Petrona de San Bruno, pág. 68.

cruces y anduviesen junto a ella en las estaciones para conmemorar la muerte del Señor (45).

Corroborar la afirmación anterior Catalina de Los Angeles, hija de Juana de Caso. Afirma que su tía Mariana la instruía en la virtud, le enseñaba a rezar y la llevaba, con las otras niñas de casa, a la iglesia de la Compañía para que oyese misa, y con su ejemplo y el de otras mujeres devotas se inclinase a la frecuencia de los sacramentos (46).

Catalina Paredes, india, que se cría junto a Mariana y en casa de ésta contrae matrimonio, dice que la llamaba para que le ayudase en el arreglo de los altares y le diera flores; que le persuadía a que fuese devota de la Virgen y le enseñó a rezar el Rosario, de rodillas, junto a ella, y a encomendarse a Dios Nuestro Señor que le había de dar el pan y todo lo que necesitase (47); que la llevaba a confesar y comulgar (48); que la inducía al ayuno a pan y agua, y como ella le contestase que no podía, le aconsejaba que lo probase (49). Cuando Catalina piensa en abandonar la casa en busca de una vida más libre, Mariana la llama junto a sí, le aconseja que no lo haga, que piense que por cuatro días de gusto se sigue una eternidad de penas (50).

MODELO DE CATEQUISTAS

Mariana puede ser considerada como modelo de catequistas. Para captarse la confianza de sus criadas y enseñarles mejor el camino del Cielo se sienta al suelo con ellas, en santa camaradería, y cuando alguna enferma, la asiste con cariño, le hace la comida, le da de comer, la acuesta y levanta si es necesario, le barre el aposento y le arregla la cama, con humildad y caridad (51).

Todo el proceso corrobora el celo de Mariana por las almas. Junta a rezar muchachos y muchachas para explicarles en persona los misterios de la Santa Fe, y consigue por vía amigable, que las gentes de su servicio confiesen y comulguen cada ocho días, y en los jubileos entre el año, tiene sumo cuidado en recordarles la víspera su compromiso pa-

(45) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 23.

(46) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 53.

(47) Catalina de Paredes, pág. 96.

(48) Idem., pág. 106.

(49) Idem., pág. 98.

(50) Idem., pág. 109.

(51) Catalina Ma de los Angeles, pág. 35.

ra que se preparen y tengan así las debidas disposiciones en la recepción de los santos sacramentos (52).

En los nueve días de aguinaldo precedentes a la fiesta de navidad procura Mariana que todos los de casa: sobrinos, allegados, criados, cumplan la ley del ayuno, y para infundirles espíritu de sacrificio y humildad ella misma guisa la única comida diaria y la sirve. En llegando la fiesta, 25 de diciembre, junta a todos al lado del pesebre, y presidiendo la ceremonia, besa de rodillas pies y manos al divino infante y le dice: "Seáis bienvenido Señor y Padre mío que os habéis dignado venir a buscarme; aquí me tenéis, ya me habéis hallado: llevadme Señor con Vos". La misma plegaria hace que la repitan los concurrentes y que éstos besen al Niño en igual forma. Procura también que en agradecimiento por la merced de haber venido al mundo se ofrezcan ayunos y oraciones, especialmente el rezo del santo Rosario. Luego para expresar el gozo de que estaba lleno su corazón, toma su vihuela diciendo que va a dar música al Niño Jesús, con los ángeles allí presentes; pulsa con maestría las cuerdas de su instrumento y canta con hermosa y bella voz himnos propios de la Navidad. Al concluir, en éxtasis, como fuera de sí, exclama: "¡Oh, cuándo tendré esta fiesta en la gloria!" (53). No limita Mariana su apostolado a los inferiores; junta igualmente a los jefes de hogar: su hermana Jerónima, su sobrina Juana de Caso, y todos los días, de nueve a diez de la noche, les habla de cosas espirituales y para no hacerles molesta su conversación les deleita santamente tañendo las cuerdas de la guitarra, vihuela y clavicordio y cantando coplas a lo divino con su buena y dulce voz (54). Sirve siempre a la mesa de su hermana y cuñado sin que valgan ruegos para hacerla desistir, y cuando no lo hace alegre a todos con cánticos de romances espirituales y divinos (55).

CARITATIVA Y SERVICIAL

Mariana es mujer de mucho orden, por tradición misma de familia. Un testigo del proceso dice: "Lo que más me ad-

(52) Catalina de Paredes, pág. 110.

(53) Idem, pág. 114.

(54) Catalina de los Angeles, pág. 35. Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 23.

(55) Idem, pág. 35.

miró fue su perseverancia y constancia en el proceder y en la guarda de sus distribuciones, pues nunca faltó a ellas" (56). El prójimo es la niña de sus ojos, y cree que en faltando la caridad todo falta (57). Por esto todos los días dedica una hora a labrar e hilar y lo que gana lo reparte a los pobres, por manos de su confesor (58).

Antes de mediodía junta a los pordioseros para darles la limosna, y saca sobre sus hombros, de su aposento, una canas de pan, que no se sabe cómo la adquiere, y verifica el reparto, a veces sola y otras en santa competencia con su sobrina Sebastiana. Si hay frutas también las reparte (59).

Los pobres al verla muestran sumo regocijo (60). Busca luego al más asqueroso, le limpia la cabeza, le espulga los piojos, y con espíritu de apóstol procura que en esta labor le ayuden otras personas (61) a fin de que la caridad no sea individual, solo suya, sino social. A quien se excusa le reprende, y santamente le obliga, le induce, a hacer lo mismo que ella hace (62).

Cuando la gente de su servicio se levanta a media noche a amasar el pan, Mariana sale también a ayudarles, y si le dicen que no lo haga, contesta:

—“¿Cómo he de comer el pan de balde y permitir que ustedes solas trabajen?

—Pero usted no come, le objetan.

—“No importa, por mi comen los pobres a quienes reparto mi ración”, les replica (63). Los enfermos son también objeto de especial cuidado de Mariana. Les manda velas, pan, carbón, azúcar, lo que puede, y en ocasiones hasta flores, como en el caso de María de Miranda ya referido.

Mariana vive en perpetuo y riguroso ayuno, pero con ánimo siempre alegre. Su comida la manda a María de Miranda y sus hijas, mujeres honestas, sumamente pobres (64). Su apostolado, su caridad y el gozo que se revela en el rostro, le captan la simpatía de la ciudad. Los pordioseros le arrojan piedrecitas a la ventana para que se asome y tener

(56) Petrona de San Bruno, pág. 79.

(57) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 93.

(58) Juana de Peralta, pág. 123, Catalina de Paredes, pág. 110, Petrona 51, Andrea 16.

(59) Juana de Peralta, pág. 117.

(60) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 92.

(61) Isabel de Alvarado, pág. 82.

(62) Catalina de Paredes, pág. 109.

(63) Idem, págs. 109 y 110.

el placer de verla. Sus amigas le mandan pucheros (platos de comida exquisitos), que ella envía a los pobres (65). En la iglesia tiene que cambiar de asiento para eludir el trato de los nobles, presidente y oidores que ansían verla. Mariana es la caridad personificada, en su casa y afuera, con parientes y extraños, con ricos y pobres, con grandes y chicos. A su hermana Jerónima la asiste en el parto y la salva milagrosamente (66). Y que tanta caridad dió fruto de bendición es indudable. Sus compañeras de la infancia Andrea y Catalina visten el hábito de las carmelitas y son espejos de austeridad de vida. Su sobrina Juana Caso, dos años menor que ella, contrae matrimonio y es modelo de madres. Su otra sobrina, Sebastiana, asombra por sus virtudes. De ambas se han escrito biografías, y se han iniciado procesos para elevarlas como a Mariana a los altares. Fue, pues, maestra de santos, y en los tres siglos que han transcurrido desde su muerte se le ha presentado siempre como modelo de santidad. ¡Cuánto debe a ella la piedad de los quiteños y de toda América, sólo Dios lo sabe!

MONJA EN CASA

Después de fracasar, por voluntad de Dios, en su intento de hacerse monja de Santa Clara o Santa Catalina, se manda hacer un cuarto de madera en su propia casa para entregarse con más libertad a Dios sin abandonar sus ocupaciones, su apostolado y las obras de caridad en el mundo. En este cuarto hay un altar, y en él cuadros de la Sma. Trinidad, de Nuestra Señora de Loreto, de San Ignacio de Loyola, de San Francisco de Asís y otros santos. Mariana es devotísima del Misterio de la Trinidad, y el día de su conmemoración lo celebra con sumo regocijo y permite entrada libre a su aposento (67). Dice Mariana que es esclava de Nuestra Señora de Loreto, y ante esta imagen, copia del cuadro de la iglesia de la Compañía, que representa a Nuestra Señora con un Niño en los brazos, reza diariamente el salterio y el oficio parvo (68). La presencia de los otros dos cuadros en el altar se explica si se tiene en cuenta que la

(64) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 34.

(65) Idem anterior, pág. 34.

(66) Catalina de Paredes, pág. 107.

(67) Petrona de San Bruno, pág. 78, Catalina de Paredes, pág. 112, Andrea, pág. 21.

(68) Petrona de San Bruno, pág. 77.

Santa se considera hija espiritual de la Compañía de Jesús y lleva el cordón de San Francisco.

A un lado está un atúd cubierto de paño negro, y dentro, un esqueleto de madera (69) vestido de franciscano, que la santa dice ser ella. Sobre el esqueleto se lee: "Dios te perdone, Mariana" (70), frase que repetía de continuo rociando el esqueleto con agua bendita (71). Encima del ataúd hay un santo Cristo. De la pared cuelga un espejo y sobre él un lienzo en que está dibujada una calavera a medio podrir. A los que entran al aposento dice Mariana que el espejo es mentiroso, que el verdadero retrato se halla en el lienzo (72). Se ve también en el cuarto un catre de madera con colchón, sábanas, frazadas y almohada, todo muy limpio, pero sólo para exhibición de los que entran, deudos y conocidos (73). En cama blanda no se halla Dios, es axioma de Mariana (74); por eso bajo la apariencia de un lecho delicado se esconden potros de tormento, maderas por cabecera y sábanas ásperas, que son su verdadera cama. Se hallan también en la habitación sus instrumentos músicos: clavicordio, vihuela, guitarra (75), libros espirituales y vidas de santos. La música es para Mariana un medio de elevar el alma a Dios.

Cuando su hermano Fray Jerónimo y su primo Fray Lorenzo Fernández, franciscanos, van a visitarla, los lleva Mariana junto al ataúd y les dice: "Ved a vuestra hermana y prima, que ya es muerta", y les pide que recen por ella un responso (76).

Mariana a su nombre de pila añade el de Jesús, porque se jacta de ser toda jesuíta (77), hija y discípula de la Compañía, en donde había aprendido la virtud (78). Su traje secular es de jubón en la misma forma que lo usan los religiosos de esta orden y con su propio escudo que lo lleva

(69) Catalina Ma. de los Angeles, pág. 31.

(70) Ana Ruiz de Alvarado, págs. 85 y 87.

(71) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 10, Petrona de San Bruno, pág. 80, Ana Ruiz de Alvarado, pág. 87.

(72) Catalina de Paredes, pág. 103.

(73) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 10, Catalina Ma. de los Angeles, pág. 33.

(74) Catalina de Paredes, pág. 102.

(75) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 24.

(76) Catalina de Paredes, pág. 103.

(77) Juana de Peralta, pág. 124.

(78) Petrona de San Bruno, pág. 77.

en el pecho. De su casa no sale sino para ir a la iglesia de la Compañía de Jesús, a menos que se trate de practicar obras de caridad (79), visita de pobres y enfermos, y parece que sólo alguna vez concurrió a la iglesia de San Francisco a recibir el cordón de esta Orden, y de muy niña a la iglesia de Santa Clara.

(79) Idem., pág. 79.

MUERTE DE SANTA MARIANA DE JESUS

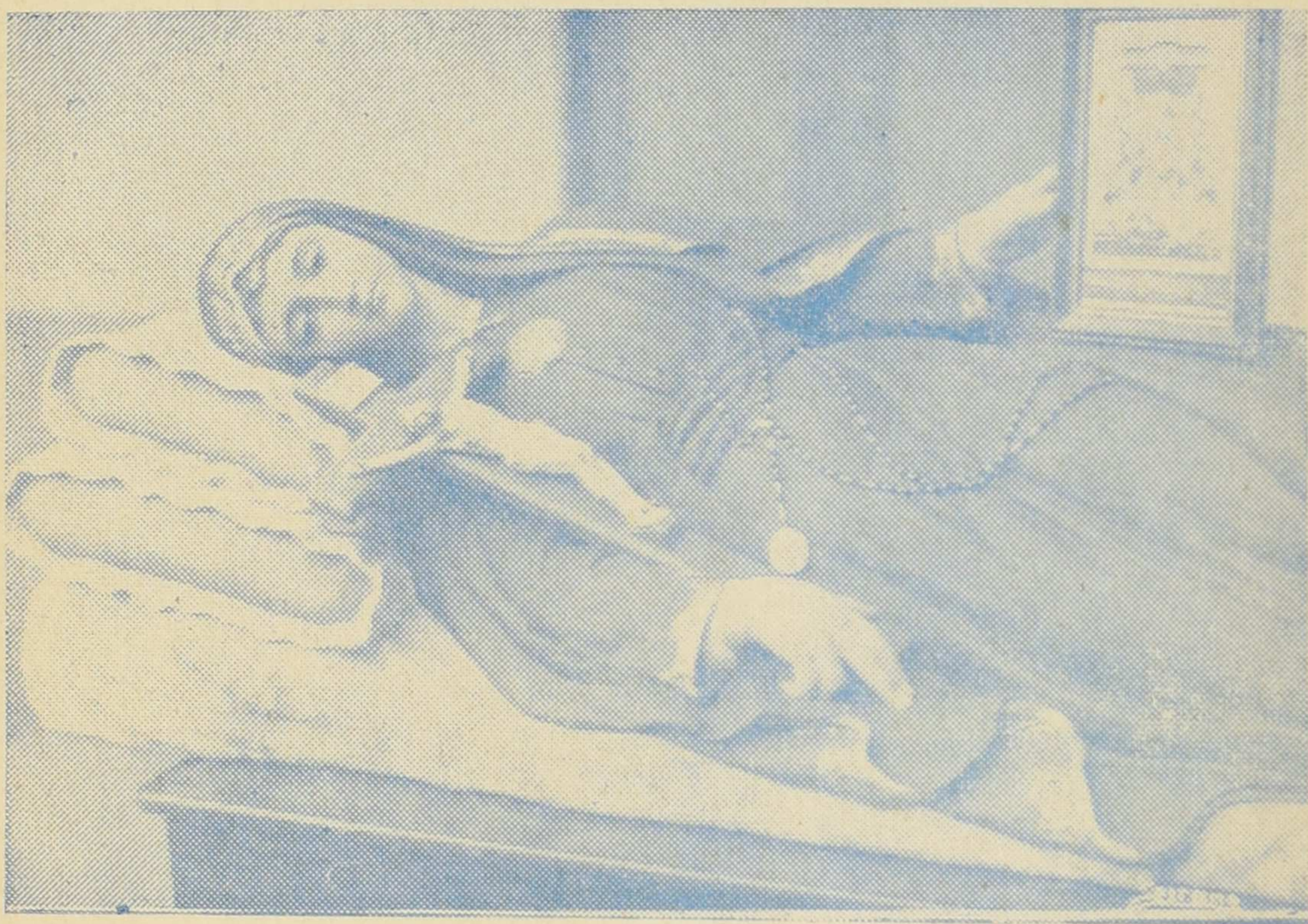
El Voto

El terremoto del 4 de febrero de 1645 ocasiona más de dos mil muertos, hace conmover toda la cordillera andina, derrumba en Quito las torres de muchas iglesias y deja el suelo como temblando, de modo que los movimientos terráqueos se repiten con inquietante frecuencia. Se presenta una peste, alfombrilla y garrotillo, que lleva al sepulcro más de diez mil indios y dos mil españoles, y casi no deja en Quito hogar indemne del flagelo, entre los cincuenta mil habitantes que entonces contaba la ciudad. El volcán Pichincha, que con las erupciones de 17 y 18 de octubre de 1566 había despertado de su sueño de siglos, quizá desde antes de la aparición del hombre en América, se hallaba en plena actividad amenazando arrasar con su ardiente lava a los vecinos de la urbe, que en época de la gentilidad ni siquiera soñaron que el cerro a cuyas faldas se asentaba la población era un volcán dormido que despertaría de su letargo a la época de la llegada de los españoles.

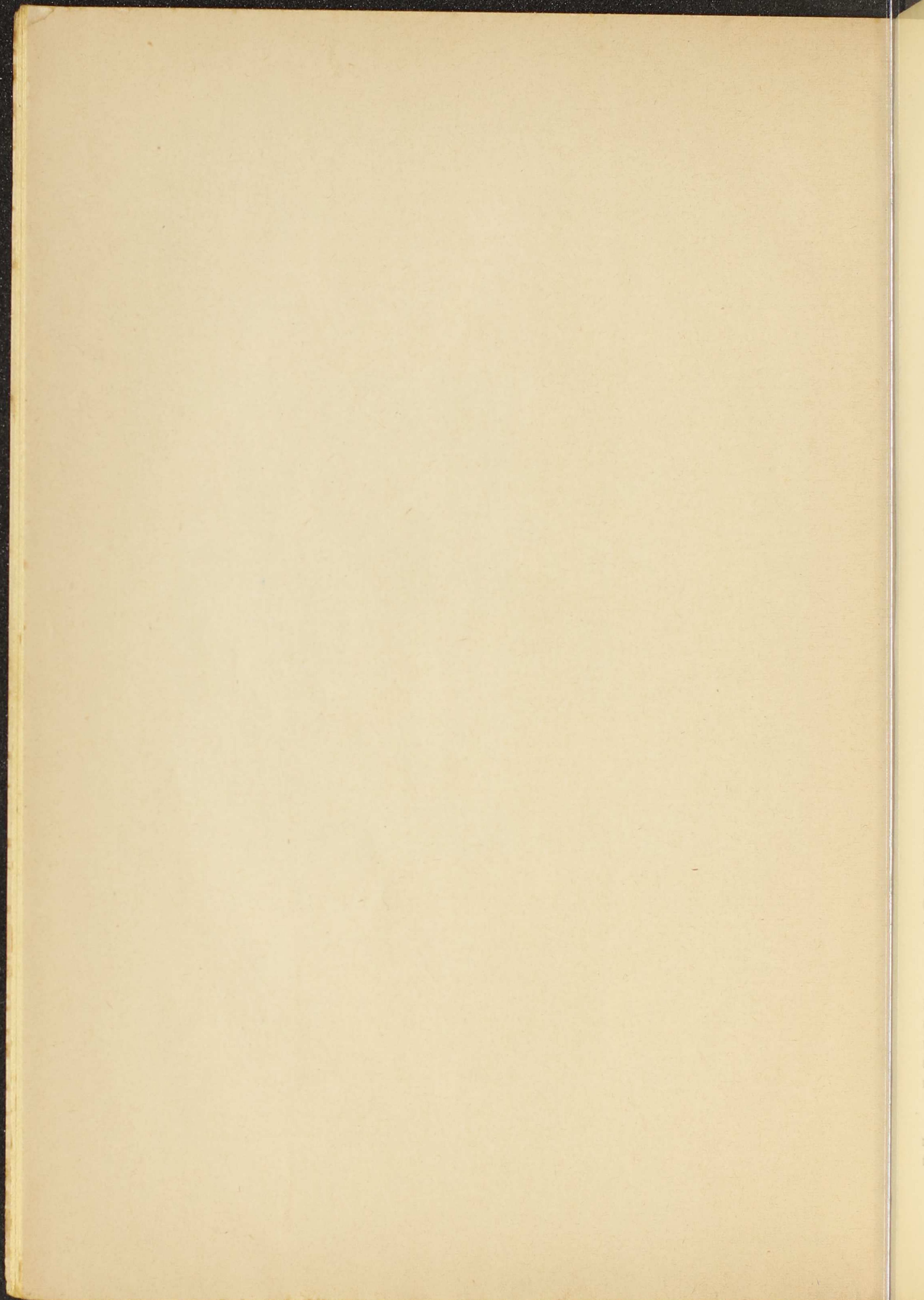
No era, pues, muy halagador el estado de los quiteños, cuando el P. Alonso de Rojas, confesor de Santa Mariana de Jesús, sube al púlpito de la iglesia de la Compañía, el 26 de marzo de 1645, cuarto domingo de cuaresma, y al referir la historia de Josué habla de los males que amenazan a la República, según el lenguaje de la época, de que era buen testimonio la ruina de Riobamba, unos doscientos kilómetros hacia el sur. Esos males tienen por origen el pecado. Dios no tiene necesidad de alterar las leyes naturales para castigar aún en esta vida a los transgresores de su santa ley.

El predicador pide al pueblo la mejora de costumbres. Se ofrece como víctima. Impetra del Señor detenga la vara de su divina Justicia, y tome la vida que le ofrece como sacerdote por la salud del pueblo, que castigue en él lo que ha de perdonar a los pecadores que le ofenden. Era el P. Rojas hombre venerable y santo, como lo reconoce en el proceso el clérigo José Jibaja (1) apóstol, cuya presencia era muy necesaria en la ciudad, porque a la verdad era grande

(1) José Jibaja, pág. 55. Era estudiante del colegio de los jesuitas, al morir Mariana.



Marianita de Jesús en el lecho de Muerte



su virtud, celo y ejemplo, según el testimonio de Sor Catalina María de los Angeles, superiora del Convento de carmelitas descalzas, dado 15 años más tarde del suceso que narramos (2). Mariana estaba como de costumbre al pie del púlpito, de donde no solía moverse sino para ir a comulgar, para el rezo de las estaciones o para algún negocio urgente. Por su inmovilidad no parecía una persona humana sino una estatua junto al altar. Al oír el apóstrofe del predicador, suplica a Dios que tome su vida en vez de la que le ofrece el sacerdote, y que “en defensa de su patria, paisanos y deudos, castigue en ella lo que ha de castigar en la ciudad” (3). Y, dice el P. Rojas: “no admitió Dios mi oferta ni oyó mi oración, porque ésta era tibia y mi vida de ningún valor; pero admitió sí la misma oferta que en este tiempo le estaba haciendo con ardentísimo afecto, Mariana de Jesús” (4).

Mariana se alza del pie del púlpito herida de muerte, y no vuelve más a la iglesia, (5) ni puede salir, por los dolores de su enfermedad, de su casa y cuarto, sino tres días antes de su muerte en que Jerónima de Paredes, su hermana, y Juana de Caso, su sobrina, la llevan en una sillita al cuarto de la primera donde deseaba morir (6).

Al comentar este voto que llevó a Mariana de Jesús al sepulcro, el P. Rojas dice, que Mariana fue mártir, no por la violencia de los tormentos sino por la eficacia secreta de su oración, por la fuerza de su caridad; que Quito debe estar gozosa y agradecida, lo primero porque tiene una sierva que la ilustró (en la tierra) con su asistencia (y en el ejemplo de sus virtudes), y hoy la patrocina desde el cielo con sus ruegos; y lo segundo, porque mediante el sacrificio que esta sierva hizo de su vida, Dios libró a la ciudad de los castigos que merecía por sus culpas” (7).

(2) Catalina de los Angeles, pág. 53.

(3) Idem anterior.

(4) Sermón predicado el 26 de junio de 1645, al mes del fallecimiento de Santa Mariana, y con motivo del traslado de sus restos mortales de la bóveda de San José al altar de Nuestra Señora de Loreto en el mismo templo. A veces nos permitimos, en las transcripciones, acomodarnos al lenguaje moderno, sin alterar el sentido, cuando la frase del siglo XVII, en que se tramitaron los procesos, resulta poco clara para la generalidad de los lectores.

(5) Catalina de las Angeles, pág. 53.

(6) Andrea de la Santísima Trinidad, carmelita descalza, hija de Jerónima de Paredes, pág. 18. Otros testimonios ponen este traslado un día antes de la muerte, y al cuarto de Juana de Caso.

(7) El sermón a que se refiere la nota (4).

Otro sacerdote, Dr. Fernández de Oviedo, cura de la provincia de Barbacoas, que era estudiante de los jesuitas en el año que moría Mariana, declara en los procesos que se la venera como a mártir por haber dado la vida por la patria" (8).

Como con el voto de Mariana cesaron las pestes, temblores y hasta el volcán Pichincha dejó de amenazar a Quito, en los tres siglos transcurridos desde su muerte el pueblo no ha cesado de considerarla como a mártir por su patria, y una Asamblea Nacional, con numerosos votos de no católicos, la declaró heroína, en 1946, antes que se la elevase al honor de los altares. En la bula de canonización, con la firma del Padre de los fieles y del colegio cardenalicio, se dice que después del voto por la salud de su pueblo Mariana de Jesús herida de muerte: "tornó a su casa, donde por dos meses, sin alivio de un solo instante, sufrió la interna mordedura de dolores más atroces que cualquier suplicio, pero con la felicidad de saber que, hecha su inmolación, habían cesado al punto las pestes y los temblores".

La enfermedad

Sor Catalina María de los Angeles, hija de Juana de Caso, ésta a su vez hija de Jerónima de Paredes, hermana de Mariana de Jesús, declara en los procesos el 14 de enero de 1671: "La paciencia de Mariana fue grande en sus enfermedades que fueron continuas de hidropesía con insaciable sed, dolores de estómago y de cabeza, flujos de sangre por la boca, calenturas y especialmente un dolor que decía ser tan vehemente (no se acuerda esta testigo dónde) que si le durara continuado un cuarto de hora, infaliblemente le quitaría la vida; y en particular los siete u ocho últimos años en que le apretaron más las calenturas y dolores de costado que por tiempos le daban, y todos estos achaques sobrellevaba con gran paciencia, alegría y conformidad con la voluntad de Dios deseando padecer más y más por su amor, y que de la misma suerte toleraba las necesidades, persecuciones y trabajos que se le ofrecían... Y la paz interior de su alma era de tal modo que ni trabajos, ni enfermedades, ni otros acontecimientos prósperos o adversos la perturbaban; y esta paz redundaba en su cuerpo y rostro

(8) Dr. Fernández de Oviedo, pág. 343.

teniéndolo siempre apacible y risueño en lo próspero como en lo adverso, en la salud como en la enfermedad....” (9)

El P. Rojas, en el sermón ya mencionado se hace eco de éstos y de otros sufrimientos, especialmente los que en forma voluntaria buscaba Mariana que vivía de milagro sin comer y casi sin dormir, en medio de tormentos que espantan, y dice: “No hay hidrópico más sediento de agua que Mariana estaba de penitencias, de ayunos, de padecer, de orar, de amar”. Y agrega, que así como Jesucristo murió no cuando los tormentos quisieron sino cuando El quiso, así en el sentido que es posible a una criatura sucedió con Mariana: muchas de sus penitencias podían quitarle la vida, pero no se la quitaron, porque debía morir a fuerza de la oración y del amor a Cristo, esto es a fuerza del voto: *Magis ex merito orationis, quam ex violentia Crucis*.

Dios no ahorra los dolores a las almas que bien quiere, para darles en su justicia, medida con amor misericordioso aplicándole los méritos infinitos de la sangre del Cordero, una mayor gloria en la eternidad. Después del voto los padecimientos de Mariana fueron aun mayores que en su vida ordinaria: Feliciano de la Rúa, mujer de Alonso Sánchez, que acompañó al viático que se diera a la santa, dice que ésta salió de la iglesia: “herida de un dolor vehementísimo en su cuerpo que padeció hasta que murió; y que con haber sido paciente y sufrida eran tales los ayes que daba, que decía Juan Salazar que le causaban compasión, y que si le preguntaban qué le dolía, contestaba que sólo Nuestro Señor y ella sabían el dolor que padecía (10). Mariana no se quejaba de los dolores de que el mundo era capaz de darle, pero los dolores que le enviaba Dios le arrancaban lastimeros ayes.

No obstante lo horrible de los sufrimientos Mariana quería seguir soportándolos por amor a su pueblo. Juana de Caso, compadecida de verla sufrir tanto, le dice: “Dios no te niega nada de cuanto le pides, pídele que te disminuya los dolores”. Y Mariana le contesta que no puede hacerlo, porque ella misma se los ha pedido (11).

El dominio de Mariana sobre su cuerpo asombra, sólo es posible en almas privilegiadas fortalecidas por el amor a Dios. Los dolores con toda su cruel intensidad no la doble-

(9) Catalina de los Angeles, pág. 52.

(10) Feliciano de la Rúa, pág. 203.

(11) Juana de Peralta, págs. 118 y 119.

gan: no se acuesta en la cama, sólo se arrima a ella, y a veces se inclina a un colchón que han llevado a su cuarto su hermana Jerónima y su sobrina Juana. En cuanto a alimento no toma sino líquido (13), y aun éste lo escatima para mortificarse con la sed, habiendo llegado al extremo de no beber agua en tres meses no obstante estar hidrópica (13). Lo último que pide en la vida para su delicado estómago es uvas de que se había antojado, sin duda en memoria de que el vino se transformaba en sangre de Cristo por las omnipotentes palabras del sacerdote. Complacen su deseo, pero sólo toma el jugo de tres uvas y devuelve las demás (14).

Mariana y sus compatriotas

Apenas Mariana hace el voto de ofrecer su vida por la salvación del pueblo cesan los temblores y la peste que estaba diezmando la ciudad. Hasta el volcán Pichincha calma sus furores, y en erupción posterior desvía la boca de su cráter al occidente, en dirección opuesta a Quito como testimonio del convenio entre Dios y la criatura: aún ahora sigue tranquilo y no atemoriza a los quiteños.

Pero no era fácil tranquilizar de un momento a otro a un pueblo azotado por el miedo. El Domingo de Ramos, cuando la santa tenía ya quince días sufriendo horribles dolores, por imprudencias que nunca faltan, corre la voz de que aquella noche se ha de hundir y asolar la ciudad: los vecinos salen al campo, plazas y calles; se abren las iglesias, se expone el Santísimo Sacramento, muchas gentes hacen confesión pública de sus pecados, se restituyen honras y bienes; pero Mariana está tranquila con ese rostro "siempre apacible y risueño" de que nos habla Catalina de los Angeles (13), con esa dulzura con que había robado el corazón de todos (las penitencias que le habían vuelto cruel consigo misma y afable con los demás) dice a los que la visitan, que nada malo ha de suceder, que lo que ocurre no es sino permisión de Dios para hacer una buena cosecha de almas (16): la sólida piedad aleja siempre a los buenos cristianos de temores infundados y supersticiones.

(12) María de Paredes, pág. 219.

(13) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 92. Juana de Peralta, pág. 117.

(14) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 92.

(15) Catalina de los Angeles, pág. 52.

(16) Andrea de la Santísima Trinidad, pág. 17.

Llega el Viernes Santo. No obstante lo intenso de los padecimientos de la misteriosa enfermedad que escapa al control de los médicos y de la ciencia, Mariana quiere aún padecer más y arde en deseos de derramar su sangre en conmemoración de la muerte de N. S. Jesucristo. Sus superiores espirituales le habían prohibido las disciplinas, pero Dios se aprovecha de lo rudimentario de los conocimientos médicos de la época para complacer a su sierva. El Dr. Juan Martín de la Peña resuelve sangrarla para que le baje la temperatura de la fiebre que le atormenta, y lo hace picándole la vena del brazo derecho: sale un hilo de agua clara, limpia y transparente y después del agua sangre: "esto, dice el médico, sólo aconteció a Nuestro Divino Redentor". Mariana ríe satisfecha de haber derramado su sangre en un día de tan gratos recuerdos en que la sangre de Dios redimió al hombre, y da respuestas agudas y sazonadas que dejan al médico pasmado de admiración, pues le enseñan que tiene ante sí a una mujer que ha hecho estudios en una escuela superior (17).

La sangre se la entierra en el patio de la casa de donde más tarde brotará una planta de azucena, y en la cisura de la picada se levanta un botón a manera de clavo que atormenta mucho a la santa (18).

La casa de Mariana es un jubileo. Gente de toda condición concurre a verla y a pedirle le encomiende a Dios. Atiende a todos, pero siente que va pronto a morir y que es necesario ahora más que nunca estar a solas con Dios sin olvidar la caridad para con el prójimo. Para lograrlo pide a quien todo lo puede que le quite el habla, porque, dice a la monja clarisa, Petrona de San Bruno: "Hermana mía, este tiempo no es de hablar sino de estar con Dios, que hay mucho en qué entender con El, y es mejor hablar y estar con Dios, que hablar de Dios" (19).

Y el habla le fue quitada. He aquí cómo refiere el suceso uno de los muchos jesuitas que acudieron a verle, el P. Juan Martínez Zarco, posteriormente agustino (20). Tres días antes de la muerte fué a verla con su confesor el P. Luis Vázquez de la misma Compañía de Jesús, rector del colegio de Quito. Mariana se reconcilia con el P. Vázquez,

(17) Juan Martín Peña, pág. 145. Catalina de los Angeles, pág. 49. Juana de Peralta, pág. 119.

(18) Andrea de la Santísima Trinidad, pág. 16.

(19) Petrona de San Bruno, pág. 72.

(20) Juan Martínez Zarco, pág. 278.

y como el P. Zarco le ofreciese sus servicios para cualquier cosa en que se le creyere útil, le mira con apacibilidad y le dice: "Padre mío, no le pido otra cosa sino es que sabiendo de mi muerte se me de prisa en que yo vea presto a Dios, y me ayude para ello", en la única forma que es posible ayudar a los muertos, con oraciones y un sacerdote con el santo sacrificio de la misa. Después de esto perdió el habla. Dice el P. Zarco: "la enfermedad y el accidente le cogió la la lengua", "y parece fue disposición del cielo que no hablase, para que así como su vida había sido ejercitarse en virtudes y actos de amor a Dios, así acabase su vida con lo mismo, sin que la perturbase la devoción y estimación del pueblo" (21).

No obstante perder el habla conserva intactos todos sus sentidos (22), y el rostro hermoso y encendido como que echaba fuego de él (23).

La misteriosa enfermedad le seguía atormentando como al principio, pero ya había adquirido el dominio de sí misma que pareció perder en los primeros momentos dando ayes lastimeros con la intensidad del dolor. Se hallaba de tal modo tranquila que las personas que la asistían no hacían más que dar gracias a Dios Nuestro Señor mirando el sufrimiento y paciencia con que estaba (24).

Los últimos deseos

Antes de perder el habla Mariana predice que morirá al día siguiente de la Ascensión del Señor (25). Y perdida ya el habla, cuando se hace entender sólo por señas y escrito (26), pide recado de escribir y sentándose en la cama como si no tuviese achaque alguno, escribe a Hernando de la Cruz que estaba allí presente: "Mi madre Santa Catalina de Sena (de quien era muy devota y tenía por maestra y guía de su vida) me ha venido a visitar y me ha mostrado una guirnalda hermosísima para que con ella me corone el día de mi partida, y me dice que el viernes a la noche entre

(21) Idem anterior, pág. 281.

(22) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 92.

(23) María de Paredes, pág. 165.

(24) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 91.

(25) Catalina de los Angeles, pág. 41; Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 18; Alonso Sánchez, pág. 222.

(26) Catalina de Alcocer, pág. 310.

las nueve y diez han de venir mi Esposo y mi Señora la Reina de los Cielos de Loreto su Madre por mí" (27).

La orden de partir se acerca. Dos o tres días antes se le quitan los cilicios (28), al menos los que no se habían introducido demasiado en las carnes de modo que era peor suplicio sacarlos que dejarlos. Al respecto María Alcocer que con María de Paredes fueron las dos criadas fieles que le asistieron en la última enfermedad, dice: "que entregándole su cuerpo por ver si le hacía agasajo o mitigaba el achaque, reconoció que se había quitado los cilicios que se habían experimentado en su cuerpo, los cuales se habían mandado quitar por los Padres espirituales debajo de obediencia y cercano a la muerte" (29).

Estamos en 25 de mayo, fiesta de la Ascensión del Señor. Mariana se levanta de la cama y desde una ventana de su casa que estaba en frente de la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, en el hospital real, oye cinco misas de rodillas, y después pide tinta, papel y pluma y escribe lo que podíamos llamar su testamento o última voluntad:

Agradece a su cuñado Cosme de Caso la crianza y educación que le ha dado; pide que la lleven al cuarto de su sobrina Juana, mujer de Cosme de Caso, donde desea morir, que le den de limosna una mortaja y sepultura en el templo de la Compañía donde se había criado (30), a los pies del altar de Nuestra Señora de Loreto, cuya esclava era y especial devota (31), miembro de su cofradía. En la iglesia, Mariana acostumbraba tomar la medida de su cuerpo y señalar su sepultura en la peana de dicho altar, pues deseaba desde hacía algún tiempo enterrarse aquí, y al respecto había mandado a pedir licencia al General de la Compañía (32).

Pide igualmente que la amortaje su hermana Jerónima y su sobrina Juana (33), y que no se permitiese a nadie tocar su cuerpo y carnes (34): era tan honesta y amiga de

(27) Petrona de San Bruno, pág. 73.

(28) Clérigo José Jibaja, pág. 151.

(29) Catalina de Alcocer, pág. 310.

(30) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 91.

(31) Idem anterior, pág. 94.

(32) Juana de Peralta, pág. 124.

(33) Catalina de los Angeles, pág. 42; Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 25; María de Paredes, declara que a ella también la incluyó Mariana entre las personas que debían amortajarla.

(24) María de Paredes, pág. 218.

la pureza, que temiendo que Dios en su amor conservase intacto su cuerpo, no manchado ni con pecado venial consciente, le pide que lo deshaga en polvo para que nadie lo vea ni lo manosee (35).

Para enterrarse en el templo de la Compañía, Santa Mariana de Jesús tenía patente del Reverendísimo Padre General de los jesuitas (36), y deseaba enterrarse en este templo por múltiples razones: "porque era hija de la Compañía criada con su doctrina desde sus más tiernos años" (37); "porque había aprendido virtud de sus religiosos que siempre fueron sus confesores" (38); "porque las virtudes las aprendió en ese templo desde la niñez" (39); "porque fuera de los jesuitas no tuvo otros padres espirituales o confesores" (40); "porque a su última enfermedad (y muerte) habían concurrido sólo religiosos de la Compañía de Jesús (41); "porque a éstos (y sólo a éstos) comunicaba los negocios de mayor importancia" (42); "porque no iba a otra iglesia sino a la de la Compañía de Jesús" (43); en fin, porque era "toda jesuita" según su gráfica expresión.

Los últimos momentos

El viernes 26 de mayo, día de su muerte, Mariana oye misa desde su casa en la capilla de Nuestra Señora de los Angeles como el día anterior, y la llevan nuevamente a su cama Catalina de Alcocer y otras personas (44). Recibe el viático que le traen de la capilla del mismo hospital (45), con bastante concurso de gente aunque la santa había querido hacerlo sin pompa alguna.

Se propaga la noticia de la gravedad, y vienen a visitarla el señor obispo, Fray Pedro de Oviedo, y el Oidor de la Audiencia, licenciado Gerónimo Ortiz y Zapata con su mujer Leonor Saavedra. Mariana siente mucho la honra

(35) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 25.

(36) Gerónima de Peralta, pág. 143.

(37) Catalina de los Angeles, pág. 42.

(38) Catalina de Peralta, pág. 137.

(39) Petrona de San Bruno, pág. 80.

(40) Juana de Peralta, pág. 124.

(41) Idem anterior.

(42) María de Paredes, pág. 281.

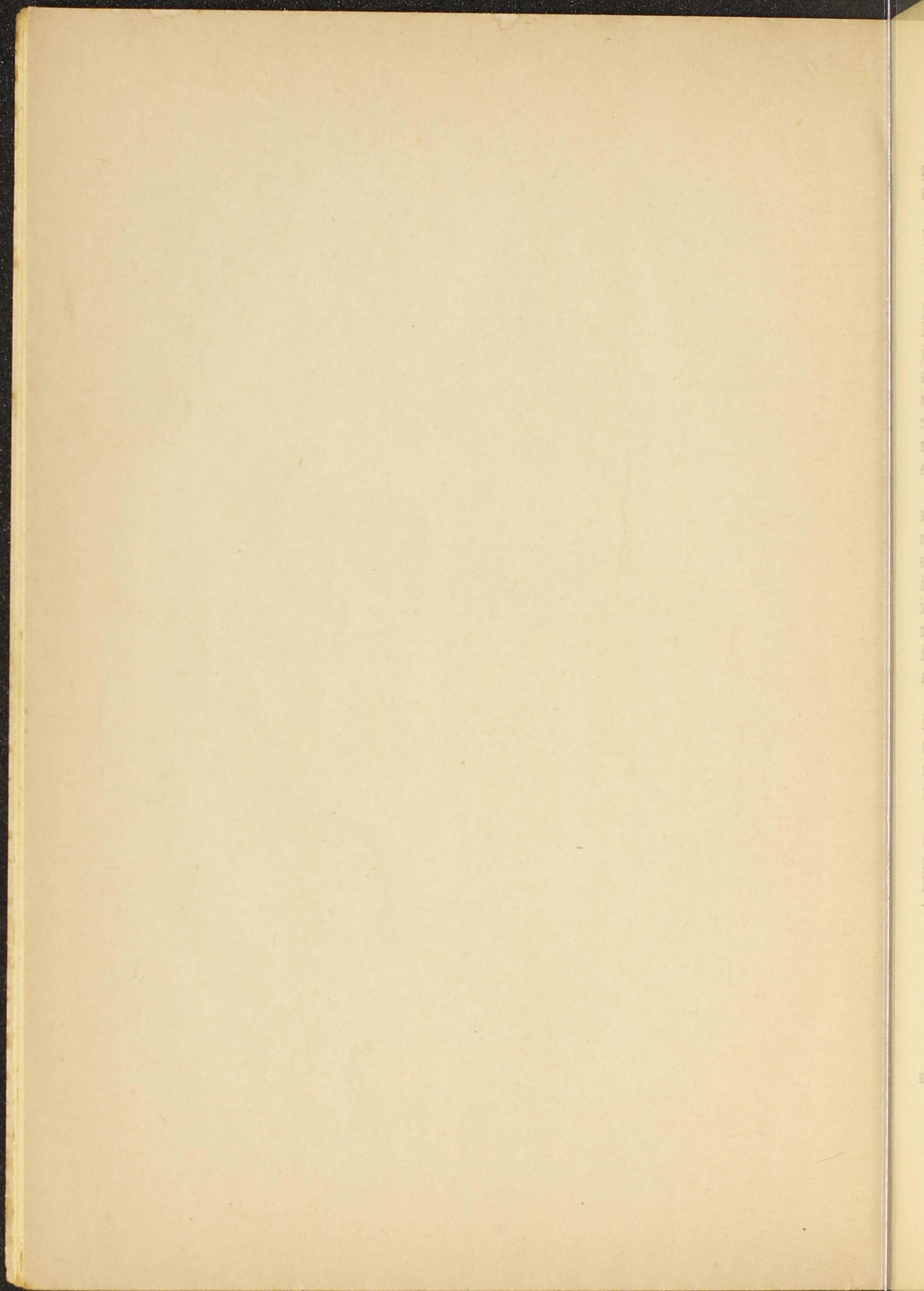
(43) María de Paredes, pág. 167; Leonor Rodríguez, pág. 183.

(44) Catalina Alcocer, pág. 110.

(45) Alonso Sánchez, pág. 191.



“Marianita de Jesús transportada al Cielo”



que se le hace (46) y no quiere que el Oidor y su mujer presenciaren su muerte.

Llega también su cuñado Cosme de Caso (47). Mariana le pide su bendición porque en vida hizo las veces de padre, y Cosme se la da (48).

Se hallan igualmente junto al lecho, Juana de Caso y su marido Juan de Salazar (49), el Hermano Hernando de la Cruz (50), los padres jesuitas Alejo Ortiz, Alonso de Rojas y Luis Vázquez (51), Catalina de Alcocer la india dichosa que de niña le dió de mamar y declara en los procesos haberla visto morir en sus brazos y manos, y que la asistió como a su hija, teniendo con frecuencia durante la enfermedad el hisopo de agua bendita que alejase de su alma los espíritus malignos (52).

Se hallan también presentes, María de Paredes la esposa de Hernando de Palomeros, que como Catalina de Alcocer la asistió desde niña hasta el instante en que entregara su alma a Dios: la hija Leonor Rodríguez Palomeros (53); doña Gerónima de Peralta, Petrona de San Bruno (54); la hermana de la santa, Jerónima de Paredes y su marido Cosme a quien esperaba para morir, y "muchas otras personas de cuenta de la República", como se dice en los procesos (55).

Tanta gente no era muy a propósito para presenciar un hecho, de suyo triste como es la muerte; pero parece que el cielo quería dejar pública constancia de la muerte de una santa, durmiéndose plácidamente en el Señor, sin los estertores de una dolorosa agonía (56).

Le administran el sacramento de la extremaunción, y da a entender por señas que le traen la corona, guirnalda y palmas de que diera cuenta a Hernando de la Cruz (57). Le viene el uso de la palabra que había perdido, y dice:

(46) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 94.

(47) Alonso Sánchez de Luna y Espinosa, pág. 222.

(48) Catalina de los Angeles, pág. 42.

(49) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 94.

(50) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 25.

(51) María de Paredes, pág. 165.

(52) Catalina Alcocer, pág. 311.

(53) María de Paredes, pág. 165. Hay otra María de Paredes, hermana de Mariana de Jesús que residía en Ibarra.

(54) Petrona de San Bruno, págs. 67 y 69.

(55) Catalina Alcocer, pág. 310.

(56) "Sin muestra de agonía", dice Petrona de San Bruno, pág. 79.

(57) Procesos, págs. 25, 41, 165, 311.

“Bendito sea Dios que me hizo muchas mercedes con haberme quitado el habla” (58). Fue lo último que pronunciaron sus labios en la vida. Se sumergió en una dulce tranquilidad. El Oidor y su mujer creyendo que no moriría muy en breve y como eran ya pasadas las nueve de la noche, se retiran; pero están bajando la escalera y la santa entra en agonía.

“Está agonizando Mariana. El obispo quiere besarle la mano, pero ella la retira con presteza y la esconde” (59).

La muerte la describe así la bula de canonización, de 9 de julio de 1950: “besa los pies y el costado sagrado del crucifijo; en un ímpetu repentino se abalanza a poner sus labios sobre la corona de la cabeza, y exhala su último suspiro entre las espinas del Redentor, fiel hasta el fin a su vocación de víctima”.

En los procesos, uno de los testigos presenciales la describe así: “muere entre las nueve y diez de la noche del 26 de mayo, con grandes muestras de amor a Dios, lágrimas y fervor de espíritu, abrazándose con un santo Cristo y venerándole tiernamente, con una imagen de la Virgen Santísima, con el rostro sereno, sin muestras de agonía” (60).

Así murió Mariana: “con el rostro sereno, sin muestras de agonía”, a los 26 años, 3 meses, 26 días. Al P. Rojas S. J. puede tachársele de atrevido cuando afirma que Mariana murió cuando ella quiso, no cuando el dolor quiso; pero al verla entregar su alma con el rostro sereno, sin muestras de agonía, casi, casi como si fuera dueña de la vida, uno se siente inclinado a dar la razón al P. Rojas, que no quiso decir que Mariana fuera dueña de la vida, sino que Dios le concedió la gracia de morir, con el rostro sereno y sin muestras de agonía como si fuese dueña de la vida. ¿Y quién puede poner límites a la Divina Misericordia en los favores que concede a sus santos?

Después de muerta, dice la monja Clarisa Sor Petrona de San Bruno, Mariana “quedó hermosa y sonrosada como si su cuerpo estuviese aun vivo. Y hubo clamor general llamándola santa” (61).

Y santa la llamaron las generaciones posteriores, santa la proclama el infalible jefe de la cristiandad, y santa se la seguirá llamando hasta el fin de los tiempos.

(58) Catalina de los Angeles, pág. 41.

(59) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 93.

(60) Petrona de San Bruno, pág. 79.

(61) Procesos, págs. 79 y 73.

ENTIERRO Y FUNERALES DE SANTA MARIANA DE JESUS

El cadáver

Mariana había dicho: "que, luego que espirase, la pudiesen boca abajo, porque había de echar mucha sangre por la boca; así se hizo (por Jerónima y Juana de Caso) y echó un lebrillo lleno de sangre, en que empaparon una sábana de ruán de Cofre y a pedazos la repartieron en reliquias" (1).

Como en vida había pedido que la amortajasen su hermana Jerónima y su sobrina Juana (2), éstas procedieron a cumplir tal deseo, haciéndose ayudar en la faena por la fiel mestiza, María de Paredes, que la vió y conoció desde muy niña y a quien la misma santa había expresado el deseo de que: "se la amortajase con toda honestidad y modestia, sin permitir que otra persona (a más de las designadas) llegase a tocar su cuerpo y carnes" (3); era de Jesucristo por el voto de castidad, y a Jesucristo había de ofrecerle una alma pura y un cuerpo sin mancha.

En la penosa tarea de amortajar el cadáver hallan cinco cilicios, uno en cada brazo y en cada pierna y el otro en la cintura; los cuatro primeros, una vez sacados, se reparten como reliquias dividiéndose cada cilicio en cinco partes; pero el último "de hierro" (4) fue imposible sacarlo sin destrozar por completo el cuerpo, porque las carnes habían crecido sobre él: se lo deja y la santa baja con ese cilicio al sepulcro como si formase parte integrante del cadáver (5): el símbolo de penitencia que fue parte de su vida le acompaña así en la misma tumba.

Los cilicios de los brazos y las piernas, aunque no introducidos tan hondo en el cuerpo como el de la cintura, se hallaban también muy unidos a las carnes, motivo por el cual, seguramente, no fue posible quitárselos durante la enfermedad, y sólo se le quitó el que, rodeándole el cuello, le bajaba por el pecho.

(1) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 92.

(2) Catalina de los Angeles, pág. 42; Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 25

(3) María de Paredes, pág. 218.

(4) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 25.

(5) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 91.

Para que la santa bajase a la tumba ataviada de jesuíta, Dña. Jerónima y su hija dejan a Mariana el mismo vestido que llevaba en vida, y encima le ponen el hábito de San Francisco (6), que tenía en su aposento en el esqueleto dentro del ataúd (7). De los procesos no consta que la santa hubiese pedido que la amortajasen con este hábito, sólo aparece su deseo de que le diesen una mortaja de limosna y sepultura en la iglesia de la Compañía (8). De seguro que el vivo anhelo de Mariana fue amortajarse con el hábito de San Francisco, pero no quiso pedirlo para mortificarse hasta en el último instante de su vida aun en sus santos deseos.

Debe haber sido muy difícil a los deudos el creer que frente a sí tenían un cadáver. De los procesos aparece, que la santa: "quedó hermosa como una imagen" (9), "con el rostro hermoso y sonrosado y el cuerpo muy tratable" (10), "el rostro aún más hermoso que cuando vivía, con chapas de color en las mejillas, las manos flexibles y echando del cuerpo un olor muy suave" (11), "que llenaba la casa, que parecía impregnada de una fragancia celestial" (12), "especialmente la sala en donde la pusieron y en las calles cuando la llevaban a enterrar" (13).

Los testimonios de personas presenciales que declaran lo que les constó por los sentidos, ojos, nariz, tacto, es unánime, y en cierto modo explicable, porque si la santa en premio a la heroicidad de sus virtudes no tuvo los estertores de la agonía, las facciones no tuvieron por qué desfigurarse: no le alcanzó la palidez y horror de la tumba: era una hermosa doncella que se había quedado dormida en el Señor, según el concepto que de la muerte temporal de los justos trae el Evangelio.

Extasis, júbilo, trofeos y milagros

Apenas muere Mariana, el Hermano Jesuíta, Hernando de la Cruz "se pone en oración delante del altar que había

(6) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 18.

(7) Alonso Sánchez, pág. 196.

(8) Ana Ruiz de Alvarado, págs. 91, 94; Catalina de los Angeles, pág. 42; Petrona de San Bruno, pág. 80.

(9) María de Peralta, pág. 251.

(10) Juana de Peralta, pág. 125; Ana Ruiz de Alvarado, pág. 94.

(11) Catalina de los Angeles, pág. 43.

(12) Leonor Rodríguez Palomeros, pág. 185.

(13) Petrona de San Bruno, pág. 80.

en el aposento donde la santa entregara su alma a Dios, y se queda por una hora estático, de suerte que por ver si volvía en sí se llegaban la dicha Juana de Caso y otras personas, a hablar y rempujarle, y no hacía movimiento porque estaba en éxtasis; y acabada la hora de oración, volvió en sí dicho religioso con grande alegría, y dijo: no lloren por aquesta dichosa mujer, porque sin pasar por el purgatorio se fué derecho al cielo a gozar de Dios, con tantos merecimientos que le sobran muchos para partir con los pobres que quedamos por acá" (14). "No se aflijan: tenemos ya una medianera en el Cielo que interceda por nosotros" (15).

Dichas estas palabras el Hermano Hernando, se acerca al cuerpo difunto de la fiel sierva, que en vida dirigiera por los caminos de la perfección, se arrodilla ante ella, le besa los pies (16), las manos, y llevándose éstas a los ojos dice: "ya goza de Nuestro Señor su sierva" (17).

Las palabras del buen religioso llenan de tanto consuelo a los deudos y a los de casa, que todos cesan de llorar (18) y de lamentar su muerte (19). En lo sucesivo no se vierte ya una lágrima, antes bien se da muestras de mucho consuelo (20) y de grande alegría interior (21).

No hay por qué entristecerse de una muerte que es el comienzo de la vida, de una victoria sobre los enemigos del hombre testimoniada por el mismo cielo. "No se pongan de luto, ni cuelguen la casa de luto" dice Hernando de la Cruz (22). Es día de júbilo, es día de triunfo de Mariana. Y como en día de júbilo se cuelga de doseles la sala, y la mesita o bufete en que debe reposar el cadáver se lo cubre de una colcha carmesí, y se lo adorna profusamente con ramilletes y flores que a porfía envían de todos los conventos (23). El ataúd, abierto para que el cuerpo de Mariana quede expuesto a la veneración de todos, se lo forra de tafetán carmesí, "con fajas de sevillaneta, tachonado con tachuelas doradas" (24).

(14) Catalina de los Angeles, pág. 42.

(15) María de Paredes, pág. 219.

(16) Catalina de los Angeles, pág. 43.

(17) María de Paredes, pág. 219.

(18) Idem anterior.

(19) Petrona de San Bruno, pág. 80.

(20) Idem anterior.

(21) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 94.

(22) Catalina de los Angeles, pág. 44.

(23) Idem anterior.

(24) María de paredes, pág. 219.

Como llegan a la casa mortuoria unas mujeres del convento de Santa Clara trayendo guirnaldas, palmas y flores de escarchado muy curiosas (25), se pone la guirnalda en la cabeza de la santa como símbolo de la victoria y una palma en las manos en señal de su pureza virginal (26), y tanto la guirnalda, como la palma y todo el hábito de San Francisco que le sirve de mortaja se lo siembra de flores de escarchado (27), y así con lujo de adornos y tafetanes se saca el cuerpo a la sala (28) para veneración del numeroso público que había acudido a la casa al saber la muerte de Mariana, no obstante ocurrir esta muerte en horas de la noche de 10 a 11, según María de Paredes, en que la ciudad colonial solía estar entregada ya al descanso, y sus calles oscuras no eran muy a propósito para el tránsito.

A imitación del Divino Maestro, Mariana había triunfado por una vida de penitencia y sacrificio. Para mostrar este triunfo, la hermana Jerónima que hizo las veces de madre, saca a la sala una canasta en la que había una verdadera colección de cilicios de los que ordinariamente usaba Mariana: "algunos de cerda, a modo de fajas anchas, y otros de cadenas de fierro con puntas, de ancho de cuatro dedos, y otros de sogas de cerdas torcidas, anchos para la cintura, brazos y muslos; y otros de cerda, y éstos y los de fierro con puntas ensangrentadas, que los vió esta testigo; y una disciplina de canelones ensangrentados que la traía en las mangas la dicha Mariana de Jesús" (29).

Así mismo sacan en una fuente piedras de cantería que tenía en la cama para atormentarse, y se muestra a los que habían acudido a rendir su último tributo de gratitud al cadáver, el potro que llaman de dar tormento, a modo de escalera, con filos para arriba ensangrentados, en que dormía a menudo, y una cruz mediana con púas también ensangrentadas (30). Sacan también dos sábanas de cerda sobre las que igualmente dormía (31).

El cielo de su parte, para mostrar su complacencia, permite que: "estando Mariana ya amortajada se siente por sí misma con admiración de las personas allí presentes. Acu-

(25) Alonso Sánchez, pág. 196.

(26) Catalina de los Angeles, pág. 44.

(27) María de Paredes, pág. 219.

(28) Catalina de los Angeles, pág. 44.

(29) María de Paredes vda. de Hernando Palomeros, pág. 160.

(30) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 88.

(31) María de Peralta, pág. 251.

den a tenerla Jerónima y su hija Juana, y echa entonces bocaradas de sangre por la boca que se la recibe en una vasija de porcelana. La sangre tiene tanto olor y fragancia que la casa se llena de un zahumerio celestial. Por tres días se conserva esta sangre en la vasija de porcelana, fresca y sin corrupción, con la misma suavidad, olor y fragancia que al principio hasta que se la empapa en paños de cambray y se la reparte como reliquia por medio de la cual obra Dios muchos milagros" (32).

La ciudad ante el cadáver de Mariana

La muerte de Mariana, sin que nadie se preocupe en darla a conocer, se sabe inmediatamente en todo Quito, y es grande el concurso de gente que acude a la casa mortuoria (33), tan grande que, dice un testigo, "parecía día de estaciones" (34), que era el tiempo en que por aquella época más gente se veía en la ciudad. Materialmente la ciudad se despuebla (35) para "venerar a la que tenía conocida en vida por tan gran sierva de Dios" (36). Nunca hasta entonces se había visto en Quito tanta gente reunida (37), pues el vulgo que concurrió fue sin número (38). Pero no era sólo vulgo, pues la casa se llena de nobles, eclesiásticos, y todo género de gentes, y todos llorosos procurando besarle la mano (39): todos caen de rodillas ante ella, le besan pies y manos (40), tocan en su cuerpo rosarios y algodones (41), adquieren cilicios, disciplinas o algunas prendas de uso particular (42) como pedazos de sus vestiduras (43), algodones empapados en la sangre que le salía por la boca (44), hebras de su cabello (45), en fin, cualquier reliquia para conservarla de recuerdo. Y como es grande y compacto el concurso y muchos no pueden acercarse al cadáver, algunos devotos

(32) Catalina de los Angeles, págs. 44 y 45.

(33) Catalina de los Angeles, pág. 43.

(34) Petrona de San Bruno, pág. 79.

(35) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 94.

(36) Idem anterior.

(37) Leonor Rodríguez Palomeros, pág. 185.

(38) José Jibaja, pág. 154.

(39) Leonor Rodríguez Palomeros, pág. 185.

(40) Alonso Sánchez, pág. 196.

(41) Patrona de San Bruno, pág. 80.

(42) María de Paredes, pág. 219.

(43) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 18.

(44) José Jibaja, pág. 154.

ponen algodones en largos palos para alcanzar con ellos a tocar el rostro de la santa a través de la abigarrada concurrencia (46): todas las prendas de su vestido son repartidas como reliquias a innumerables personas (47).

Así pasa la noche y llega el día siguiente, pero el concurso aumenta a cada instante con devotos venidos de todos los puntos de la ciudad, alrededores y pueblos vecinos, que no puede alcanzar ninguna alhaja, ninguna prenda para satisfacer tantos deseos (48). La santa entonces suda de su cuerpo en gran abundancia, y los circunstantes así de su casa como de afuera, admirados del suceso, limpian ese sudor con algodones y lo conservan como reliquia (49).

En este jubileo de amor y cariño los hombres se toman la libertad de acercarse al cadáver y tocarlo con rosarios u otros objetos. La santa "comienza a demudarse, a hinchársele el rostro y ponerse severa" (50). Ella en vida había sido tan honesta que jamás hubiese permitido que un hombre la tocara con desenvoltura; en la muerte quería seguir siéndolo y guardar en su cadáver santa honestidad. Cosme de Caso y su mujer doña Jerónima, comprendiéndolo, piden a los hombres que no la toquen, y el rostro de la santa: "vuelve a su ser, deshinchándose y cobrando sus colores con la apacibilidad de antes, quedando como risueña" (51) con el rostro apacible y hermoso (52).

Aun en su cadáver Dios colma de gloria a Santa Mariana que le sirvió con fidelidad.

Devoción indiscreta

En el proceso Catalina de Peralta dice: "El día siguiente de la muerte de dicha sierva de Dios, fueron de mañana esta testigo y la dicha Dña. Juana de Peralta, su hermana, a asistirle, como lo hicieron todo aquel día hasta que la llevaron a enterrar, y como tenían conocimiento de su mucha virtud, estuvieron cuidadosas de alcanzar alguna alhaja suya para reliquia, para cuyo efecto quisieron cortarle el ca-

(46) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 94.

(47) Idem anterior.

(48) Catalina de Peralta, pág. 135.

(49) María de Paredes, pág. 219.

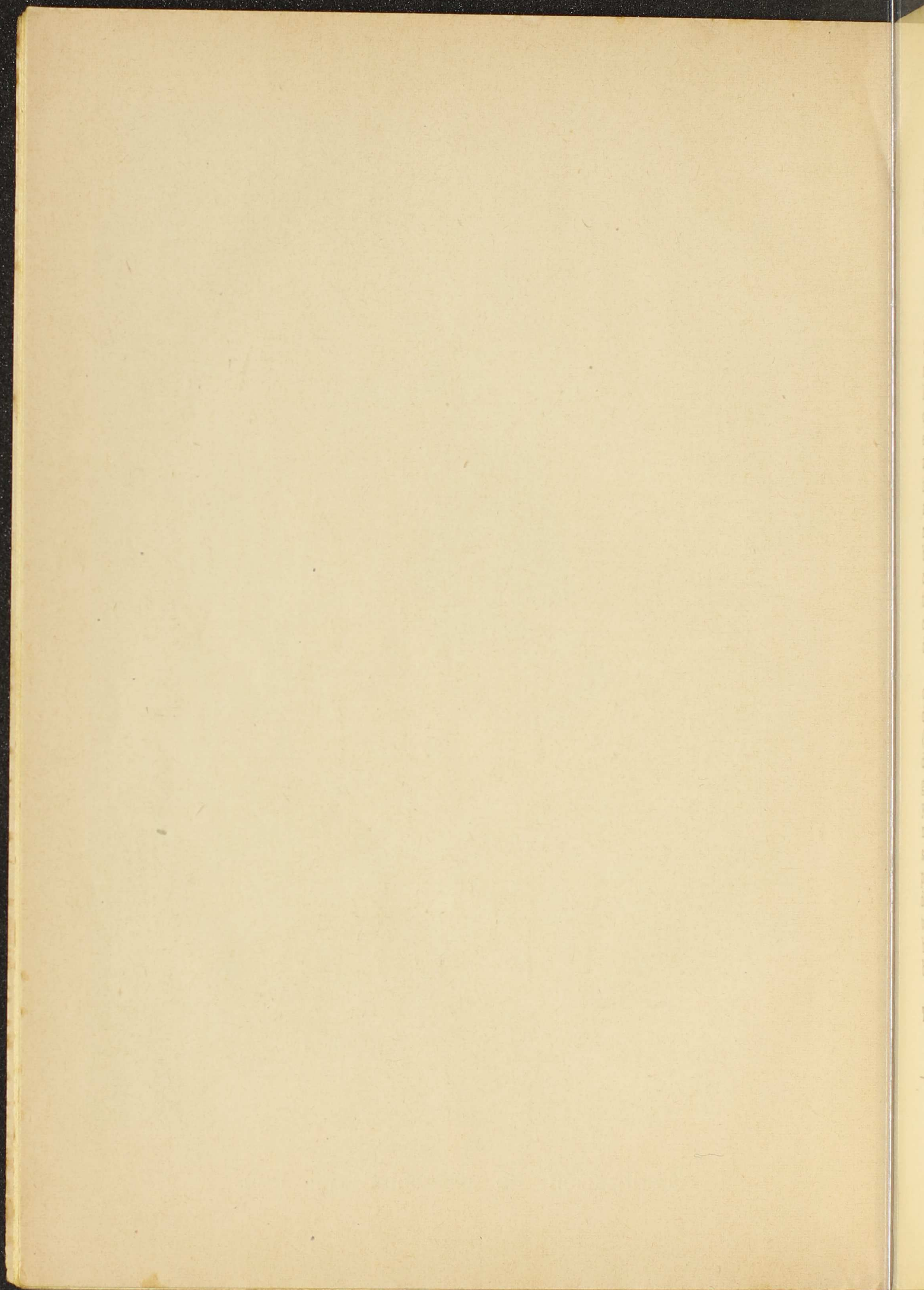
(50) Catalina de los Angeles, pág. 43.

(51) Idem anterior.

(52) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 19.



Glorificación de Marianita de Jesús



bello": pero al alzarla para cumplir este deseo, "echó una bocarada de sangre por la boca, muy clara, fresca y con olor suavísimo, de suerte que el aposento donde estaba su cuerpo se llenó de fragancia extraordinaria". Esta sangre la recogieron "en un pañuelo blanco de olán, y lo mismo hicieron algunas parientes de la dicha sierva de Dios que se hallaron presentes". En la casa había mucha gente, sacerdotes y seculares, todos quisieron tomar naturalmente alguna parte de sangre tan olorosa, fresca y clara, fuera de las leyes naturales; pero fueron defraudados en sus deseos, porque la santa no echó más sangre. Entonces para conservar en cualquier forma una reliquia, "empezaron a hacer pedazos la mortaja y vestuario y el cabello", en forma que "a no impedirlo sus deudos, no es dudable que la hicieran pedazos aun el cuerpo (en un celo indiscreto) de venerarla y aclamarla por santa". Le pusieron otra mortaja que fue también un hábito de San Francisco y éste volvió a ser también convertido en pedazos. Se le puso entonces un tercer hábito y para que no volviese a acontecer lo mismo hubo mucho cuidado en defenderla (53) "interviniendo la autoridad de la justicia a despejar la casa y guardar el cuerpo" (54).

Muchos testigos del proceso corroboran este afán de obtener reliquias a toda costa aun despedazando el hábito de San Francisco que servía de mortaja a la santa virgen (55), usando cuchillos y tijeras que obligaron a la autoridad a intervenir para despejar la casa y poner hombres de guardia con espadas desnudas que en unión de los deudos y familiares de la santa cuidasen su santo cuerpo de una veneración que excedía los límites de la prudencia, no precisamente de parte de los buenos elementos que fueron siempre muy respetuosos de su santa compatriota, sino de gente del campo y de ciertos bajos fondos sociales que en los ciento once años que tenía Quito de fundada conservaban aún huellas de la gentilidad dentro de un catolicismo que no había podido borrar aún todo vestigio del pasado.

Traslado a la Iglesia de la Compañía

Al ataúd adornado con cintas (56), abierto de modo que

(53) Catalina de Peralta, pág. 135.

(54) José Jibaja, pág. 154.

(55) Petrona de San Bruno, pág. 80; María de Paredes, pág. 219; Leonor Rodríguez, pág. 185; Andrea, pág. 19.

(56) Juana Pazmiño, pág. 258.

se lo traslada de la casa mortuoria (hoy Carmen alto, carreras García Moreno y Rocafuerte) a la iglesia de la Compañía, a dos cuadras de distancia. Concorre la Real Audiencia, el obispo Fray Pedro de Oviedo, los dos Cabildos, el se veía el cadáver, a las cuatro de la tarde del domingo (57) eclesiástico y el secular, las comunidades religiosas o como dice un testigo, Religiones y Recoleccionos (58), el colegio Seminario (San Luis), los orgullosos caballeros de entonces y hombres y mujeres del pueblo "sin número" (59), gente en fin de todo estado y condición, "y personas de fuera de la ciudad que a la noticia de su muerte acudieron" (60), y todos sin que los llamen ni conviden aclamándola y venerándola como a santa, con deseos de verla por vez postrera o adquirir alguna reliquia, "por lo mucho que la amaban" (61), "por su mucha virtud y santidad" (62). Nunca, los testigos presenciales del traslado están conformes, se vió en Quito concurso tan grande de gente, ni tan selecto. Las calles inmediatas a su casa estaban que no cabían, en especial la que iba de su casa a la iglesia de la Compañía (hoy García Moreno entre Rocafuerte y Sucre) (63). El cadáver lo bajan de la casa los deudos y personas principales, pero ya en la calle toman las andas "sacerdotes con sobrepeleliz", con tal porfía que apenas comienzan unos cuando entran otros teniéndose por dichosos los que la cargan. No se ve una lágrima (64). El cadáver echa de sí un olor suavísimo (65). Apenas si hay paso para el cadáver por las calles (66), "por la estrechura y aprieto de las gentes" (67). Los deudos tienen que ir apartando a la multitud para que pueda pasar el féretro y como muchos iban quitando flores de

(57) Catalina de Peralta, pág. 135 y María de Paredes, pág. 219, dan a entender que el traslado se efectuó el sábado; pero Catalina de los Angeles, pág. 43 y Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 219, con el biógrafo Morán lo sitúan en domingo después de la Ascensión, fecha a que se había trasladado la festividad de Nuestra Señora de Loreto que solía celebrarse el domingo de pascua.

(58) Alonso Sánchez, pág. 195.

(59) Leonor Rodríguez, pág. 185.

(60) Catalina de los Angeles, pág. 43.

(61) Idem anterior.

(62) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 94.

(63) Catalina de los Angeles, pág. 43.

(64) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 94.

(65) José Jibaja, pág. 154.

(66) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 94.

(67) Cosme Cedeño, pág. 285.

las andas e intentaban cortar pedazos de la mortaja de San Francisco que llevaba sobre los vestidos que usó en vida, hombres de guarda con espadas desnudas y sacerdotes de la Compañía de Jesús van junto al ataúd para evitar abusos ocasionados por el exceso de veneración y cariño (68).

En la Compañía

La iglesia de la Compañía de los RR. PP. jesuítas se había adornado en sus tres naves como en los tiempos de las grandes festividades. Había desaparecido el color negro para recibir a los muertos y se hallaba llena de cortinajes de terciopelo carmesí (68), adornada con lo mejor y más valioso que tenía entonces la Congregación de Nuestra Señora de Loreto. La imagen de la Virgen bajo esta advocación se hallaba en el altar mayor. Mariana había pedido a su dulce Madre que se hallase presente a su entierro y había profetizado que se accedería a su deseo (69). Y el cielo para cumplir tal deseo y profecía ordena los sucesos en tal forma que en este año la fiesta se transfirió del Domingo de Pascua en que se celebraba todos los años al domingo después de la Ascensión en que se celebran las honras fúnebres de Mariana, porque la Virgen, bajo la advocación de Loreto, quiso vestirse de lo mejor de sus galas para el festejo del triunfo de Mariana que acababa de ser trasladada de la tierra a la celestial Jerusalén, su alma llena de gloria y su cuerpo colmado de honores en la tierra.

Llega a la iglesia la apiñada muchedumbre conduciendo el ataúd. Al entrar, Mariana abre un ojo tan resplandeciente como una estrella, con admiración de todos los que la ven, y al llegar al túmulo (sobre el que debía descansar el ataúd) abre ambos ojos y los fija en la imagen de Nuestra Señora de Loreto" (70). Mucho tiempo mantiene abiertos ambos ojos, que "eran claros como cuando vivía" (71). La algarabía, el espanto, el amor a la santa es enorme, y aumentaba por decirlo así la "muchacha veneración y estima que tenían de su santidad" (72). Pero como casi al fin de

(68) María de Paredes, pág. 219. Leonor Rodríguez, pág. 185; Catalina de los Angeles, pág. 43, etc.

(68b) Alonso Sánchez, pág. 196.

(69) Catalina de los Angeles, pág. 44.

(70) Idem anterior.

(71) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 19.

(72) Catalina de Peralta, pág. 138.

los oficios aumentó el alboroto y el desorden; el P. Rojas, para que se guardase la debida compostura en el templo, se acercó a Mariana y le cerró los ojos diciendo: “¡válgame Dios, qué prodigio es éste!” (73). Mariana obedece: su confesor le cierra los ojos, y cerrados quedaron.

En la iglesia los sacerdotes más graves de la Compañía de Jesús y unos 80 estudiantes del colegio San Luis, con ayuda de otras personas rodean materialmente el ataúd y forman una barrera humana para que el amor y cariño de los quiteños no llegue a excesos desagradables. Se constituyen así no sólo en guardianes del cadáver, sino en intermediarios de la multitud para tocar el cuerpo de la santa “con rosarios y algodones que les daban los circunstantes para el efecto” (74). Y no era sólo el común de las gentes que así procedía, sino lo más granado que había entonces en la ciudad. “Vi, dice un estudiante del colegio San Luis que sería más tarde sacerdote, que el obispo envió un rosario a que tocase el cuerpo de la sierva de Dios y cuando se lo regresaron lo besó con veneración” (75).

Este mismo estudiante relata así su impresión del suceso: “El rostro (de la santa) era tan hermoso y alegre que ocasionaba a devoción y un gozo interno de considerar la gloria que tendría la dichosa alma, y reparó en un olor y fragancia que despedía todo su cuerpo” (76). Otro estudiante, que más tarde fuera también sacerdote, confiesa que el cuerpo de la santa le causaba veneración (77). Y un tercer estudiante, más tarde igualmente sacerdote, se tiene por muy dichoso en haber merecido besarle la mano a la santa y gozar de algunas de sus reliquias (78). ¡Quién sabe si los tres estudiantes alcanzaron o fortalecieron su vocación sacerdotal de la contemplación de los restos mortales de Mariana, y del ejemplo de su vida que los tres tuvieron ocasión de admirar, sobre todo en lo que respecta a su larga y permanente inmovilidad en la oración al pie del púlpito en la iglesia de la Compañía!

Los jesuitas no se sienten capaces de impedir los excesos de devoción en una multitud ebria de amor ante el ca-

(73) Catalina de los Angeles, pág. 44; Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 19.

(74) Alonso Sánchez, pág. 196.

(75) Cosme Cedeño, pág. 285.

(76) Cosme Cedeño(pág. 286.

(77) José Jibaja, pág. 154.

(78) Dr. Tomás Fernández de Oviedo, pág. 344.

dáver de Mariana. La tercera mortaja de San Francisco desaparece convertida en reliquia (79) por los cuchillos y tijeras de un pueblo a quien hubo que contener con las amenazas de excomunión del obispo y rodeando el túmulo de guardas con espadas desnudas, en ejercicio de todo el poder que les concedía la autoridad gubernativa. Había que ser prudentes. El entusiasmo cariñoso de un pueblo no se lo contiene con la fuerza bruta, y los consejos, penas y amenazas no suelen dar resultado cuando las multitudes han llegado a cierto nivel de efervescencia colectiva. Rápidamente se coloca la tapa al ataúd y se lo clava, antes que terminen las exequias, dejando dentro la guirnalda, la palma, el ascado de flores y sin reponer la tercera mortaja de San Francisco, porque la premura del tiempo no lo permitía.

Aunque cerrado ya el ataúd no había mucho peligro de abusos por exceso de devoción, con todo los jesuitas creen prudente llevar el santo cuerpo a la bóveda de San José aun antes de que terminen los oficios y dejarlo allí mientras se acabase de construir la bóveda de Nuestra Señora de Loreto donde Mariana deseaba ser enterrada. La bóveda de San José era entierro principal de Juan de Vera Mendoza y María de Vera.

Después del entierro

Del huerto donde enterraban la sangre vertida por Mariana en sus asombrosas penitencias nacían matas de flores sin sembrarlas, muy odoríferas, y en una ocasión hallaron una mata de azucenas con tres ramas, muy florida, de muchas azucenas muy hermosas: cavaron y vieron que nacían de la sangre (80). Estas tres ramas de azucena con un capullo en cada rama (81) nacieron de la última sangre de la santa enterrada en viernes santo (82). Los deudos la cortaron y se la pusieron a una imagen de Nuestra Señora (83). Y el huerto, que fue posteriormente parte del convento de las carmelitas, quedó extraordinariamente fertilizado con

(79) Catalina de Peralta, pág. 138.

(80) Catalina de los Angeles, pág. 41.

(81) Catalina de Paredes, pág. 130.

(82) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 19.

(83) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 17; Catalina de los Angeles, pág. 41.

la sangre de Mariana, pues producía flores en gran abundancia y frutas con más sazón (84).

Un mes había pasado de la dichosa muerte de Mariana. El 26 de junio se le hacen honras fúnebres en la misma iglesia de la Compañía, con tanto o mayor concurso de gente que en el entierro, con la misma suntuosidad y acompañamiento de personas selectas, pero ya con catafalco negro. Predica uno de los confesores de la santa, P. Alonso de Rojas, prefecto de estudios del colegio de los jesuitas. Su sermón, aunque afectado y gongorino, según el gusto de la época, está lleno de hermosas ideas y trae datos preciosos sobre la vida de Mariana, que al decir de un testigo presencial “enternecieron al auditorio de puro gozo” (85).

Después de algún tiempo (86), que fue de dos o tres años, según el Capitán Alonso Sánchez de Espinosa y Luna (87) marido de una sobrina de la santa, María Caso, hija de Cosme Caso y Jerónima Paredes, los restos mortales de Mariana fueron trasladados a la bóveda de Nuestra Señora de Loreto, que se estrenó con este entierro (88), pues el traslado se hizo apenas la bóveda en dicha capilla había terminado (89).

Alonso Sánchez “hizo labrar una piedra con su tapa a su costa para poner el cuerpo de Mariana” que lo hallaron, “como una cosa de pasta de muy lindo olor” y lo pusieron “en la dicha caja de piedra, debajo de la peana del altar de la Madre de Dios de Loreto” (90). Y para que el lugar donde reposaba el cadáver quedase visible a la devoción de las gentes, y no pudiese ser confundido, se tapó la caja de piedra con una losa diferente y se grabó una cruz en ella (91), precaución muy necesaria porque en esa bóveda reposarían posteriormente los restos mortales de algunos religiosos de la Compañía de Jesús (92). Hasta en su entierro Mariana fue considerada como jesuita y colocada junto a los jesuitas, en la misma bóveda.

(84) Andrea de la Sma. Trinidad, pág. 17.

(85) Cosme Cedeño, pág. 286.

(86) María de Paredes, pág. 220; Juana de Peralta, pág. 125; Catalina de Peralta, pág. 137.

(87) Alonso Sánchez, pág. 196.

(88) Juana de Peralta, pág. 125.

(89) Ana Ruiz de Alvarado, pág. 95.

(90) Alonso Sánchez, págs. 196 y 197.

(91) José Jibaja, pág. 195.

(92) Alonso Sánchez, pág. 196.

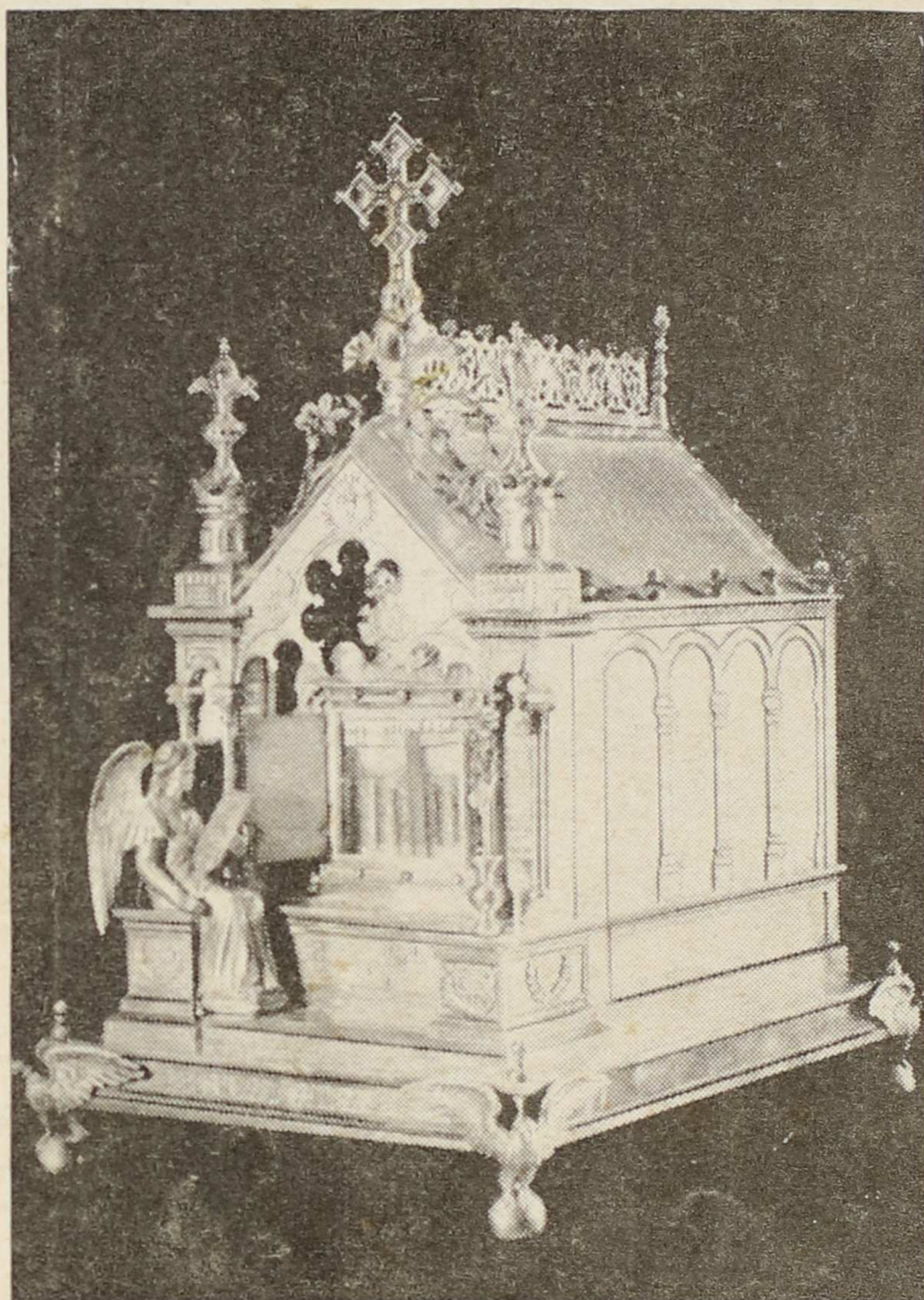
Una sobrina de la santa, Catalina de los Angeles, nieta de Cosme de Caso y Jerónima de Paredes corrobora lo dicho por Alonso Sánchez. El cuerpo, dice, estuvo algunos años en la bóveda de San José, incorrupto y tan entero que se le conocía por el rostro, con las manos tratables y echando de sí un olor muy suave. Cuando se lo trasladó a la bóveda de Nuestra Señora de Loreto se deshizo, sin mal olor ni deformidad, antes bien con una fragancia extraordinaria (93).

Admirable es Dios en sus santos, y admirable fue en su fiel sierva, Mariana.

(93) Catalina de los Angeles, págs. 44 y 42.

I N D I C E

	Págs.
"MARIANA DE JESUS EN SU SIGLO"	3
Familia, nacimiento y bautismo	3
Primeras manifestaciones de virtud	4
No era "Santa triste"	6
Su gozo en el padecer	7
Era hermosa	8
Su amor al prójimo	9
Modelo de Catequistas	10
Caritativa y servicial	11
Monja en casa	13
 MUERTE DE SANTA MARIANA DE JESUS	 16
La enfermedad	18
Mariana y sus compatriotas	20
Los últimos deseos	20
Los últimos momentos	24
 ENTIERRO Y FUNERALES DE SANTA MARIANA DE JESUS	 27
El cadáver	27
Extasis, júbilo, trofeos y milagros	28
La ciudad ante el cadáver de Mariana	31
Devoción indiscreta	32
Traslado a la Iglesia de la Compañía	33
En la Compañía	35
Después del entierro	37



Urna de las Reliquias de Marianita de Jesús

(Urna de Plata)

PRECIO \$ 3,00